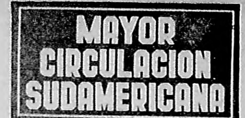

REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

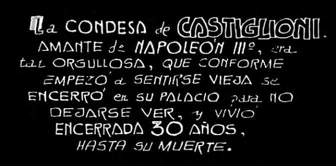
CRITICA

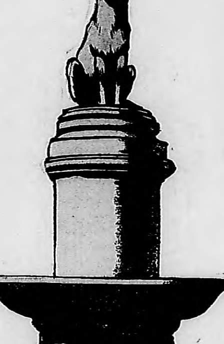

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO II — BUENOS AIRES, AGOSTO 18 DE 1934 — No. 54

VISTO y OIDO ★ No Quiso Envejecer en Público ★ por PREMIANI




La CONDESA de CASTIGLIONI, AMANTE de NAPOLEÓN IIIº, era tal ORGULLOSA, QUE CONFORME EMPEZÓ a SENTIRSE VIEJA se ENCERRÓ en SU PALACIO para NO DEJARSE VER, y VIVIÓ ENCERRADA 30 AÑOS, HASTA SU MUERTE.




En LONDRES se ha ERIGIDO un MONUMENTO al PERRO SACRIFICADO para la VIVISECCIÓN en los LABORATORIOS CIENTÍFICOS.



La APARICIÓN del SOMBRERO de COPA, HACIA 1800, fué CONSIDERADA SUBVERSIVA en INGLATERRA. Los INDIVIDUOS QUE LUCÍAN TAL PRENDA, ERAN CONDUCIDOS a la PRISIÓN.

La FUERZA del CÓNDOR en las ALAS es tal, QUE CON un ALETAZO PUEDE ROMPERLE un BRAZO a UN HOMBRE.





De la HERMOSÍSIMA PLANTA WELWITSCHIA SÓLO QUEDAN EJEMPLARES en el DESIERTO de KALAHARI (ÁFRICA AUSTRAL).

¡Abajo las Letras!

CUANDO dejamos el taller de la calle Bulnes, nos fuimos a Sadi Carnot y Guardia Vieja. Allá nos comían las moscas, era muy reducido y, además, el sol por la tarde nos cocinaba los sesos. Quedaba mal, también, que una sastrería a la que le cupiera la gloria de servir al galán joven de Ernesto Vilches, y tenía el altivo letrero de "Sastrería de Civil y Militar", estuviera frente a un tambo de vacas mal educadas, indiferentes y sonoras... Dada la natural delicadeza del oficio, un arte aparte ironía, nos reventaba el saludo del barrendero que ocupaba la antesala y movido por natural curiosidad, se plantaba en la puerta. Teníamos luego, una persona decente, un amigo de Vilches, que nos aconsejaba abandonar ese negocio sin suerte, metido entre dos conventillos.

Excuso decir que el barrendero de facción, a pesar de nuestros franciscanos ruegos, amontonaba sus economías frente a nuestra puerta. Si todo esto no era suficiente para cambiar de barrio, no sé qué otro gaje podría ser más elocuente. Por eso ni bien tomamos posesión del nuevo local, nos asomamos a la calle para palmear el ambiente.

En ese instante pasó el dueño de la casa manejando un Ford. Hizo un ligero saludo "el primero que dan los dueños de casa y el último que recibe el inquilino sinceramente". La tirria viene después a tono con la curva, y siguió en recta vertiginosa.

—¿Le has visto la nariz? Tiene un rabanillo — le dije a Félix — quien no me contestó sino después de un rato, para decirme:

—... Este barrio, me palpito, es mucho más decente.

La suerte quiso, empero, que el tronco de un cacho de bananas, pegara contra la puerta.

Yo no puedo darme cuenta si me lo habían tirado a mí. El caso fué que no me dí por aludido. Los humoristas eran dos "niños" que vendrían de juntar requechos del Mercado de Abasto.

A los treinta metros había una cantina; se veía un gran manchón rojizo en la vereda. Probablemente vino Toro. Más acá se hallaba la quesería "El Ideal", no por el olor, seguramente. No nos amilanamos por eso.

Todo lo de pasar sería "transeúnte", lo estable, lo "resbaladizo", más oscuro que lo anterior, gajes de la inexperiencia. Entonces empezamos a meditar cómo podríamos distribuír los objetos que teníamos. El local era demasiado cómodo. El mostrador, la mesa, el maniquí y la máquina era todo. Quedaba, pues, una puerta para subalquilar.

Haríamos un tabique con arpilleras. Ya teníamos el candidato que, a carta cabal, no fallaría. El turco de enfrente estaba ansioso desde el primer día que nos vió interesados por la casa. El mismo se había ofrecido en caso de que alquiláramos, para hacer el tabique y a su misma altura un altillo. Otro obstáculo era una gran rejilla. Había sido cantina o almacén, el caso era que lo menos dos cuadrados de reja no quedaría bien para nuestro negocio. Se pensó en una alfombra.

No sé cómo se las compuso don Félix para conseguirla.

Al otro día el remedo "Costa Grande" estaba hecho.

El zapatero trabajaba con ahinco. Había prometido dividir en un día y lo había logrado. Sólo nos restaba pues, empezar a trabajar.

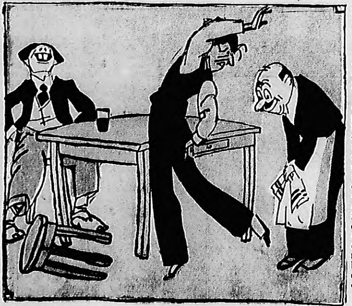


Don Félix visto de perfil era un chancho a caballo. Su estatura y el color peculiar a sus cuarenta años, hacían de él una persona entradora, grata y egoísta. Asediaba a la mujer a costa de considerables pérdidas. Pocas veces se le vió solo. Su fuerte eran los cines y su triunfo las mujeres. No se fijaba ni en la forma ni en la edad ni el color de su conquista.

Tenía su filosofía. Una película, un café y una mujer.

Lo demás se reducía a un cambio de cosas. José Antas era un hombre sin interés, magro, alto, con un bigote recortado sobre el labio superior, y una perpetua visión de placer en los ojos. Inapto para aprender el oficio, no pasaba de aprendiz adelantado. Pero lo caracterizaba el color de una bondad a toda prueba.

Con sus frecuentes quijotadas hacía pasable su vida y la nuestra. Lo envanecía la amistad del primer actor del viejo Perdiguero



y un sobrino suyo, agente secreto del gobierno español. Un topografista del gobierno de Alfonso XIII.

En las mejores circunstancias era don Félix el que desbarataba esos castillos de naipes.

—Che, gallego, esta noche si te parece te vas a "poner" un aviso en "La Prensa".

José Antas contestaba afirmativamente cualquiera que fuese la indicación.

Yo que sentía por él cierta atracción, acaso por nuestro común dolor, festejaba a sus oídos el caso del tronco del cacho de bananas, arguyendo que si no dió en el blanco fué porque no iba dirigido a mí.

Antas reía a mandíbula batiente, mientras, para sus adentros apuntaba contra nosotros la más cabal ironía.

Poco faltó para que yo lo dijese, pero no se lo merecía, pues cultivaba mis ilusiones de literato con dignidad. Y yo necesitaba un puntal, aunque él fuera José Antas. Había llevado una novelita a "Novela Semanal" y mis ilusiones eran fundadas sin dejar de ser el nudo gordiano que tenía atada a mi esperanza a esa independencia ficticia de un ambiente de fracasos y miserias. Pero, como era de suponer, aunque fuera mucho mal, no se aceptó. Recuerdo que volví al taller más muerto que vivo. La novela era buena, según las frases fariseas del secretario, pero estaba muy diluída.

Esa semana fué un poco larga y difícil. Entre colocar las instalaciones y el hacerle buena cara a los curiosos, nos pasábamos gran parte del día. La chaquetilla de un general congregó buena parte de vecinos, y una sotana de cura dió lugar a que se hiciesen gruesos chistes de mal gusto. La primera en entrar fué María, la vacante del lugar. Se ofreció como chalequera. El turco ya le "había" puesto las tapitas.. Tenía una cara envuelta en una nube de picardía y el hábito falso de arreglarse siempre las ligas. Es de imaginar el efecto que podía causar su pierna corta y bien torneada. Don Félix la cotejó con la de su mujer y cotizó...

José Antas la invitó, en un descuido de su amo, para la una... Esos atrevimientos le habían dado siempre buenos resultados... Yo estaba con mi confusión habitual ante esos partidos del instinto envuelto en las inconveniencias de mi furiosa obra literaria.

★

Todos los que habían venido a trabajar el lunes, entre ellos un pervertido, un checo, un judío, exigieron la paga para no volver. Esas libretas que habíamos ideado resultaban engorrosas de colocar por la natural desconfianza del cliente. Y, en efecto, a las diez primeros que se vendieron, una de ellas salió premiada. El traje le costaba, pues, doce pesos. ¿Qué hacer? Don Félix se las compuso bien, como el caso de la alfombra.

Al día siguiente de entregarle la ropa, el afortunado comprador vino en señal de protesta a mostrar el pantalón completamente comido en las asentaderas.

—Pero, dígame usted, ¿qué ha hecho?

Nada, según él; lo que había pasado era que el domingo no se movió del banquillo cantinero. Las briscas y los tres sietes lo habían dejado en blanco. El dueño de la cantina, de yapa, para cubrirlo, se ocupó en colgarle un papel. El hazmerreír estaba totalmente indignado. Esas tretas e inconveniencias desacreditaban el negocio y perjudicaban por lo tanto nuestros intereses. Sin parar mientes en eso, don Félix perseguía un tipo extraño de trabajar... En su casa sobraba comida...

¿Para qué tirarla? José Antas ya sabía ese camino y comprendía ese lenguaje.

—José, andá a comer.

Cuando entré en el hall de "La Prensa" se me oprimía el corazón. Temía que el empleado me rechazara el aviso que yo había ideado sin tener que perder los centavos. El aviso estaba concebido así:

"Se necesitan oficiales sastres, los medios que sean discípulos de Gandhi". Cosa rara. El lunes todos habían entendido lo mismo: eran "sastres y medios".

Entre los medios llegó un hombrecito hambriento. Tenía 1.40 de alto, dos ojitos negros, una nariz abultada y un sombrerito triste que hacía "llorar de risa". Llevaba con otros enseres un aparato para armar cigarrillos, una navaja de afeitar y una teterita de terracota. Yo lo miré con pena, ¿qué iba a comer allí?

Don Félix, cuando lo vió, se imaginó que haría pareja con José Antas.

Tras una indicación de don Félix, acompañé al hombrecito hasta el boquete del sótano para indicarle dónde debía ubicar su camita. El camarada estaba radiante. Quiso comunicármelo.

—¡Al fin encontré mi piedra!...

—¡Oh, claro!

—Aquí, añadió, me van a pagar.

—Sí, sí... pero pida... pida para comer pida para fumar, pida para cualquier cosa.

El, cambiando de tono, me suspiró.

—Usted es italiano.

—Yo soy argentino, desgraciadamente.

El hombrecito se maravilló, aunque esa palabra era la que oyera a través de todas las miserias de los talleres por los que había pasado.

—Sí, amigo, no me mire. Yo soy un argentino que vive y es tratado peor que un extranjero. Ya verá.

Naturalmente que no lo vió. Al mes me dieron un nombramiento que me salvó de una inminente ruina. Obra cien veces repetida de un gran gobernante.

José Antas le golpeó el hombro agachándose y le dijo:

—Habla don Quijote a Sancho en desmedro: ¿cuántas veces come usted a la semana?

—Doce, sin contar el desayuno.

—Bueno, váyase haciendo una rebajita.

★

Dos meses más tarde el hombrecito me dijo enternecido:

—¿No tiene diez centavos, Facundo?

Yo había llorado en secreto. Leopoldo Durán acababa de desilusionarme respecto a dos novelitas, las que fueron asesoradas según él por Blomberg, y que en esas circunstancias debía ir a buscar.

—Antonio — así se llamaba el hombrecito, — tome un peso. Pero, ¿qué espera? Más vale la calle, larga, fría, interminable. Aquí se va a morir Vd. de hambre. ¿No tiene familia?

—Sí, repuso casi llorando, soy de Mar del Plata. Mi madre "es casada dos veces". Entre los dos me pegaban siempre.

No me daban de comer. Se besaban delante mío, se mordían hasta... jugaban. En fin... Para vivir así, decidí dejar la casa... creo que se alegraron...

En ese momento tenía la maquinita de armar sin tabaco y la contemplaba. Yo lo miré... En efecto, todo él era una obra triste, una tragedia de impotencia, de retardación, de liliputiense. ¿Para qué la querían?

Y, yo que había llorado por la mía... ¡Sólo con dolor, el hambre total de Antonio, el hombrecito, podía gritarme:

—¡Abajo las letras!

POR

FACUNDO LIRA

ILUSTRACION DE ...

VISTAZOS

MARK Twain visitó un día a Harriet Beecher Stowe, autora de "La cabaña del tío Tom". Hombre muy descuidado en el vestir, había prescindido de la corbata. Al volver a casa, su esposa le hizo notar el *desastre*. Un rato después miss Stowe recibía un paquetito. Al abrirlo encontró una corbata de seda negra y una esquela: 'Esta es una corbata. Esta mañana estuve en su casa media hora sin ella; mírela durante media hora y me la devuelve después. Es la única que tengo".

★

Después de la apertura de una sesión en la Conferencia de la Paz, salieron juntos Clemenceau, con chambergo, y lord Balfour, con sombrero de copa. Balfour se disculpó.

Me indicaron — dijo — que era obligatorio usarlo.

—A mí también — dijo Clemenceau.

★

Edison, vagando por los jardines que rodean sus laboratorios de Menlo Park, encontró en un día de otoño un pajarito enfermo, que no podía seguir a sus compañeros en el éxodo al Sur. Con sus cuidados, el pajarito fué mejorando y dió inequívocas muestras de prepararse al viaje. El bondadoso salvador temió que las fuerzas de su protegido no respondieran a tan gran empresa. Entonces preparó una cajita confortable, con todo lo que el frágil viajero pudiera necesitar; lo instaló en ella, hizo la expedición a una empresa en Sud América, pidiendo que al llegar a su destino se diera al pajarito la libertad.

★

En un museo de Viena se exhibe el piano que perteneció a Beethoven. Una muchacha norteamericana que dió casualmente con él frangolló una piecita. Volviéndose al guardián le preguntó si no solían venir grandes pianistas a visitar el instrumento. El guardián contestó que precisamente Paderevski había estado hacía poco.

—¿Paderevski? — interrogó la muchacha. Seguramente ejecutó algo magnífico.

—Al contrario, — le dijo el guardián, — no se animó a tocarlo.

Museo de la Confusión

POR

ANIMULA VAGULA

REMEMORANDO la letra de algunos tangos antiguos y repasando otros no tan alejados, confieso que como una vulgar tonadillera, he pasado ratos extraños. Rodeado de Discépolos, Cadícamos, Novarrines, Ivos Pelay o Ipos Velay y de otros papusos del tango me dispuse a vivir desorientado y a soñar no sé en que mundo. En mi rápido repaso no podía dejar a un lado algunas composiciones que adquirieron en su época grandes éxitos de boletería en diversos zaguanes, arroyos, comisarías, parrillas y nosocomios y cuya música tan dulce y acariciadora nunca se supo bien si remedaba a la de la quena o a la de la quema. Entre algunas de las partituras que hicieron roncha en varios ranchos, cabe destacar aquella titulada A la luz del candil, y en cuyo libreto se hacía presente un gaucho honrado a carta cabal que después de manifestar que no era beodo ni cuatrero, declaraba ser un criminal a carta cabal y se quedaba tan tranquilo como si hubiese dicho yo soy un ovíparo o yo soy un marzupial. La primer parte de la letra, como todos recordarán, comenzaba así:

Me da su permiso señor
[comisario
Disculpe si vengo muy mal
[entrasao

Esto solo nos hace añorar con tristeza aquellas épocas mejores en que hasta el más cabalístico contraventor tenía tropilla de un pelo y que cuando aparecía frente al mayorengo o se internaba en el cuadro quinto, hacía sonar el smoking cubierto de condecoraciones, charreteras y aplicaciones de marfil, y que cuando entregaba sus armas lo hacía con orgullo, pues nunca le faltaba una buena faca con mango de laca e incrustaciones de nácar. Pero no desesperemos, ahora con el asunto del congreso eucarístico tengo la esperanza, para gloria de muchas seccionales, que los calabozos volverán a revestirse de púrpura, que el libro de entradas se plagará de cardenales, arzobispos, abades mitrados, contrabandistas de incienso, falsificadores de maná, etc. y que hasta el más mísero infractor no dejará de deslumbrar al botón o al tira en el acto de su arresto por su elegante atavío a base de cálices, birretes, candelabros y demás utensillos episcopales, al tiempo que en perfecto latín traduzca aquello de:

Arrésteme sargento y pón-
[game cadena
Si soy un delincuente que
[me perdone Dios.

★

Otro tango que tuvo momentos de halago y que por su título mereció el elogio de Marconi y del telégrafo Morse gracias a una exacta distribución de puntos fué: Portero dos puntos suba y diga tres puntos. Además de la inconveniencia de utilizar los porteros como chasques en esa composición existe otro error menos disculpable todavía. Recordemos la segunda cuarteta:

No tema, ¿no me ve que estoy
[tranquilo?
Si la he seguido para saber
Si es cierto que arrastraba
[mi cariño
Con esos niños en esta
[garconier.

¿Cómo, y no sentía ninguna intranquilidad el rastreador? ¿Se había olvidado acaso de aquel refrán tan explícito que dice: el que con chicos se acuesta arruina la garconiere?



Pasando ahora a elucubraciones más cercanas, creo que son pocos los que no han padecido cierto velorio y cocaína titulado Tirame una serpentina.

El personaje principal de esta pieza, además de declarar que el jazz es su beguén y que el tango le causa spleen, padece de otras aberraciones.

Nos lo demuestra cuando dice lo siguiente, en cierta zona tanguera:

Che, mascarita... ¿qué hacés?
Te conozco, figulina!
Tirame una serpentina
No seas malita... ¿querés?
Si en un ojito, me das...
Seña es de correspondencia!
¡Si en la nariz me pegás!
Es prueba de malquerencia!

Indudablemente que este señor es un sadista de los que ya





quedan pocos entre los corsarios de Flores, Belgrano y la costanera. Lástima que el investigador no haya profundizado sus estudios hasta el punto de explicarnos claramente si el hecho de que desde un palco le llenen a uno la boca de papel picado es signo de inapetencia o de super alimentación, si el que en un corso de flores de tiren con un cacto es falta de tacto o el que le bajen la nariz con un pomo y lo dejen como debe aceptarse como una distinción del Dios Momo o como la irreverencia de un zomo. Sobre las ventajas que pueda reportar el conocimiento de una figulina, la compañía de una figuranta o los desplantes de un figurín, tengo poco que decir, lamentando no nos lo haya explicado el temerario receptor de serpentinas.

★

En un hogareño papiro de ... de agosto, encontré una dudosa receta para combatir el frío. Aquí está:

Un método sencillo y seguro para tener, aun en el rigor del invierno, los pies calientes y al abrigo de la humedad, consiste en usar plantillas en el calzado; éstas pueden ser de franela o de papel de diario, las últimas ofrecen la ventaja de estar al alcance de todos los bolsillos y de poderse cambiar diariamente.

No creo en las ventajas de este último sistema. Ante todo por lo poco práctico que me parece el andar con los bolsillos llenos de diarios y además por la atención constante que requiere la verificación de si la plantilla está al día, si ya nos hemos colocado la sexta edición si el pie plano ya se ha leído treinta veces seguidas las cotizaciones de la bolsa y requiere más variación en las noticias etc. Otros inconvenientes de este sistema sería el abuso de personas poco escrupulosas que para amenizar una espera, un viaje en subterráneo, una audición presidencial o una afeitada se descalcen y se pongan a leer una zapatilla, alpargata o sandalia, comentando las últimas noticias en voz alta y llenando los alrededores con un olor a sándalo que haga irrespirable la espera, el boleto, la audiencia y el fígaro.

CRUCESE DE PALABRAS

Por

Cruz Diablo

★

Horizontales

I — 1 Da sombra y caza perdices. 2 Tiene hábito y no es monja.

II — 1 Puede serlo una piragua, una escopeta o una novia. 2 Sacerdotisa.

III — 1 Favorecedor. 2 Parecido a pus.

IV — 1 Vinos. 2 Con el agua al cuello. 3 Aventurada.

V — 1 Piedra y constelación. 2 Interrupción. 3 Vive de la caza y de la pesca. 4 Entre gallos y mediodía. 5 Más y cigarrillos.

VI — 1 Planta. 2 Iodo. 3 Suena en las fiestas.

VII — 1 Actor norteamericano que prefería el Rambouillet al Lincoln. 2 En Bolivia.

VIII — 1 Mercado de... 2 Mil. 3 Al marido lo metieron preso y tuvo una mala muerte.

IX — 1 El fruto se come frito. 2 Por Be o por... 3 En la isla de Cumboina y en la provincia de Buskerud. 4 Chino. 3 Entre Alfa y Omega.

X — 1 De la Vega. 2 La visitaron los franceses en 1923. Solar de los Krupp. 3 La tomaron los alemanes en 1914.

XI — 1 Nombre de una producción foliácea. 2 Se hace el loco en Semana Santa y se rodea de túnicas moradas.

XII — 1 Desocupado. 2 En lagunas y cacerolas.

XIII — 1 Río. 2 Ría.

Verticales

I — 1 Puede tener llaves o leche. 2 Bebida.

II — 1 En ovejas, cirios, panales y pomadas. 2 Antes epilepsia, ahora moneda persa.

III — 1 Los mal educados en la mesa. 2 personas abreviadas sin brazos.

IV — 1 Sin letras. 2 Ciudad y árbol. 3 Pequeña espada.

V — 1 Espía eléctrico.

VI — 1 Novelista suizo. 2 Azoe y castigo. 3 Nombre de la primera mujer, entre los fenicios.

VII — 1 En la provincia de Gerona. 2 Fruto y arácnido. 3 Mujer.

VIII — 1 Al gusto de Hitler 2 Muda. 3 Asado a la criolla.

IX — 1 Trepadora. 2 Signo.

X — 1 Mía y perra. 2 Cero 3 Aliento.

XI — 1 La consiguen otros. 2 Tres cuartas partes de almacén y en la provincia de Lérida. 3 Canto y daño.

XII — - Entre esto y aquello 2 Agotado en Rusia. 3 Río.

XIII — 1 El negro Raúl y ciertos sobres y papeles.

XIV — 1 Cortesana y mariposa. 2 Para pescar. 3 Marte.

XV — 1 Golpeá que te van a abrir. 2 Envío.

XVI — Concejal. 2 En latas

XVII — 1 En Filipinas. 2 Hay que entrar por él.

(La solución en el próximo número)

Los números romanos indican el órden de las columnas: los números árabes (en la lista) el orden de las diversas palabras en cada columna



La rebelión de los árboles

San José había dejado de ser una plácida villa chaqueña, para convertirse en una ciudad de rectas calles pavimentadas, edificios de tres pisos y un tráfico trepidante.

En pocos años se produjo el milagro. Hasta sus ciudadanos parecían cambiados. Vestidos de "palm-beach" y sombreros de paja transitaban de un lado a otro dando grandes zancadas. Dejaban la sensación de estar siempre retrasados. Y no eran pocos los que en su apuro rodaban bajo un automóvil cuyo conductor también apresurado.

Los campanarios de las parroquias se quedaron cortos ante las altas chimeneas que se elevaban por sobre los techos, borroneando de humo el cielo y de hollín el suelo.

La gente comenzaba a desconocerse. Eran muy pocas las que detenían su paso un instante para estrecharse las manos y averiguar sobre sus respectivas suertes.

¡Cuán distintos fué el San José de una década atrás! Una plaza grande con aspecto de potrero, alrededor de la cual surgían de la tierra polvorienta en estío y fangosa en invierno, un centenar de casas con techos de mohosas tejas curvas. Entonces los vecinos se pasaban la mañana paleando en las huertas o reparando los cercos derruídos de puro viejos, y las tardes martirizando con sus hoscas manos las cartas de la baraja, en alguna de las cuatro pulperías con despensa anexa, que constituían el mundo de las finazas de la población.

San José progresó demasiado rápido. Como ocurren todas las cosas en este endiablado siglo XX, en que los hombres sufren de reuma a los cuarenta años y antes de los cincuenta están bajo tierra. Ahora era un centro industrial digno de figurar en los mapas de la nación destacada con un gran punto rodeado de una circunferencia. De sus dos estaciones feroviarias salían y entraban de continuo largos trenes cargados hasta los topes de mercaderías. El comisario, el cura párroco y el jefe del registro civil, pasaron a ser personajes de segundo orden.

Ocho aserraderos zumbaban de día y de noche, vomitando pilas de tablones y travesaños que hacían el orgullo de los sanjosenses. Constituían el quid de la grandeza de su ciudad. Hasta los vecinos más humildes se mostraban entusiasmados de su .prodigiosa producción. Gloriosamente enseñaban las estadísticas a los visitantes. Todos sin excepción, estaban seguros que llegarían a ser ricos.

★

A la inversa del progreso urbano de San José, los quebrachales que la rodeaban en cambio se estaban quedando ralos. Los gigantescos árboles desaparecían rápidamente. Las raíces seccionadas sobresalían del suelo como muñones. Cuando algún romántico lamentaba la destrucción, sus conciudadanos prácticos le decían:

—"Es el triunfo de la civilización sobre la barbarie".

En su afán de satisfacer las demandas, los obrajeros trabajaban como enloquecidos. Sus hachadores derribaban árboles y más árboles sin consideración alguna. Troncos viejos y jóvenes se desplomaban estrepitosamente arrastrando en su caída ramas y follajes de los hermanos próximos, que intentaban mantenerlos en pie.

Las hachas caían implacables sobre las cortezas. Destrozaban furiosamente las duras fibras. Los gigantes resistían. Pero pronto comenzaban a tiritar debilitados. Unos hachazos más y se inclinaban vencidos.

Los quebrachos viejos miraban con angustia la devastación. Conforme las cuadrillas se aproximaban amenazantes, olvidaban resignados la tragedia del presente para soñar con los lejanos días pasados. La época en que San José era una población sin ambiciones. Oculta a la codicia del mundo civilizado. Entonces sólo acudían al monte los niños y los enamorados. Los primeros a cojer flores silvestres y huevos de aves; los otros a dar rienda suelta a sus instintos y sus esperanzas.

Los mismos hombres que dentro de unos minutos herirían de muerte sus troncos, años atrás les habían erigido en confidentes. Confiaron a sus cortezas iniciales y juramentos de amor grabados a cuchillo. Ahora en su ansia de más pan para los hijos, revoleaban el hacha vertiginosamente tratando de derribar gigantes en el menor tiempo posible. El acero cruzaba el aire como un haz de luz y se incrustaba en la madera haciendo saltar astillas.

Tendidas las moles leñosas, eran atacadas aún con mayor saña. En breve tiempo mutilaban sus ramas, y los troncos, asegurados mediante gruesas cadenas a una yunta de bueyes, arrastrábanlos hasta alguno de los ocho rugientes aserraderos.

★

Los exhaustos árboles estaban hartos de sufrir semejante destino. Junto con la sabia, por sus vasos ahora corría el odio. Envidiaban las espinas de las matreras tuscas, que ahuyentan de su lado a todo bicho viviente.

Esto no puede continuar. ¡Tenemos que acabar de una vez con tan insufrible explotación! — protestó un árbol temprano que un día acababa de ver caer un amigo de muchos años.

—¿Qué hacer? Es nuestro destino. Resignémonos. Dios sabrá porqué nos manda este castigo — respondió un quebracho de gruesa y rugosa corteza.

—¡No! ¡Defendámosnos! ¡No seamos cobardes! — gritó el rebelde con furia. Los compañeros jóvenes agitaron sus copas dejando oir un mudmullo de aprobación. Los más resueltos sostuvieron al unísono.

—Tiene razón. Defendámosnos.

Parecían despertar de un largo sueño. Las ramas crujían desperezándose.

El quebracho viejo insistió:

—Es preferible morir antes que oponerse a las leyes divinas. Por otra parte ¿qué somos capaces de hacer ante el poder de los hombres?

Por un instante la pregunta dejó desconcertados a todos. Pero el primero no había hablado en vano, como cuadraba a la seriedad de un árbol. Hacía tiempo que meditaba la salvación de sus hermanos. La resistencia contra sus crueles expoliadores. Y expuso sus planes:

—Pongámosnos de acuerdo. No es cuestión de incurrir en su misma impiedad, intentando golpear mortalmente a nuestros enemigos. Apelemos a un arma más poderosa y franca. Neguémosles el apoyo que por la fuerza consiguen de nosotros. Dejemos caer nuestros brazos. Que las raíces y las hojas no recojan más las substancias que hacen como de acero nuestra madera. No les seremos más árboles útiles. Así no tendrán más remedio que dejarnos en paz y tirar por inservibles las hachas homicidas.

Ya demasiado les hemos dado. Son insaciables como las que ellos llaman bestias feroces. Sacrifiquémosnos nosotros por el porvenir de las nuevas generaciones de quebrachos. Por los retoños que surgirán en este mismo suelo que nuestra blanca sangre impedirá se vuelva estéril.

Al fin y al cabo, camaradas míos, no es mucho lo que nos queda por perder. Bien poco vale nuestra actual vida de miserables despojos botánicos, condenados al total exterminio en más o menos horas. ¿A qué seguir alimentando la codicio y la molicie de unos pocos, que ni siquiera les preocupa el dolor de sus propios congéneres?

Por todo esto, yo os invito al sacrificio sin ningún escrúpulo. Unámosnos y acabemos de una vez por todas con nuestra explotación. ¡Rompamos las cadenas que arrastran e nuestros hermanos a la destrucción!"

La vehemencia del árbol rebelde encendió el fuego del heroísmo en la médula de los que le escuchaban. El monte se desgajaba de entusiasmo. Las palabras del apóstol acababan de poner fin a la ley secular que regía su monótona existencia. Los gruesos troncos se agitaban como queriendo desprenderse de las profundas raíces.

La rebelión estaba en marcha.

★

Pocos fueron los árboles que se negaron a la desobediencia. Pero para su desgracia y suerte de los hombres, eran, como es de suponer, los más duros. Las hachas no tardaron en terminar con ellos. Precisamente constituía un problema para los obrajeros encontrar ejemplares dignos de entregar a las sierras sin fin.

El apoyo a la rebelión fué unanime. El quebrachal entero estaba empeñado en castigar a sus enemigos.

Las ramas se torcían inactivas, dejando caer las hojas resecas. Los troncos perdían su consistencia y se quebrajaban. Las raíces se negaban a absorber los jugos que la tierra pródiga les ofrecía. Las enormes moles de madera se desplomaban solas y se pudrían en el suelo, como hartas de permanecer verticales.

Los hachadores buscaban vanamente entre los troncos agrietados alguno que sirviese. Nadie conseguía explicarse el origen del misterioso fenómeno.

Las máuquinas de los ocho aserraderos funcionaban sólo algunas horas durante cada semana. Solamente muy pocos obreros tenían trabajo. Los demás vagaban desocupados por las, ahora inactivas calles de San José.

El hambre y la miseria pricipió a desolar los hogares humildes. Se acabó la prosperidad. Ya nadie soñaba con hacerse rico. Se contentaban con un pedazo de pan duro.

Para mayor tragedia, todos se encontraban extraños en San José. Por otra parte, la cara de los hambrientos inspira poca confianza. Los que aun conservaban algo de la pasada opulencia, se guardaban muy bien de reforzar los cerrojos de sus puertas.

En los hombres, como en los quebrachos, cundía el odio y la rebeldía.

ilustracion de guevara

POR

ROMULO RODRIGUEZ ZELADA

EL BUSCADOR DE NADA

—...

—Nada.

—¿Qué es nada?

—Nada.

—Estamos en un circulo vicioso, amigo mío. Usted acaba de pronunciar una equivocada verdad. Nada, no es nada. Es algo como un camino sin distancia. Como una recta sin puntos. Eso es Nada. Una velocidad sin marcha. El eco del silencio. La sombra de la luz.

El infinito, absorbido por sí mismo. Es el Espacio que se ha suicidado, arrojándose al espacio.

—Pero, ¿es que Nada, es algo?, preguntó nuevamente el hombrecillo nervioso que tengo sentado frente a mí en ese café de la calle Corrientes.

—"Pero, ¿es que Nada es algo?

—¡Cómo! Si Nada no existiera, tampoco existiría su nombre!

—Usted acaba de decirme que Nada es el Espacio y es el Infinito suprimiéndose a sí mismos. ¡Entonces Nada no existe!

—¡Señor! ¡Nada, existe! Es el resultado, ¿oye bien? es el resultado de la supresión del Espacio y del Infinito. Es además el Tiempo, devorador de siglos, que con cada siglo que es un pedazo de tiempo se ha devorado a sí mismo.

—Entonces, si es la anulación de dos potencias iguales. Nada no existe!

—¡Existe! ¡Existe, la Nada!... Usted acaba de llamarla con otro nombre. La ha llamado anulación. Y eso es lo que yo voy buscando por el mundo. Una Nada. Dos Nadas. Muchas, muchas Nadas... Y el día que las encuentre he de tener conmigo el secreto de la muerte ¿Sabe usted lo qué es la muerte?

—Es la anulación de la vida.

—Muy bien. Es la Nada de la vida. La Nada más completa. ¿Qué es la vida, sino una nada en actividad? Y la muerte, siendo la Nada de otra Nada, reúne en sí la suma perfección. La muerte, señor, es la más perfecta de las Nadas ¿Puede decirme usted dónde va la luz cuando la apagamos con una vuelta de llave en nuestra habitación? Es un misterio, ¿no? Bueno. Es el mismo misterio de la vida, que no sabemos donde va cuando alguien da vuelta en nosotros la llave del eterno silencio.

—¿Qué hará usted cuando haya descubierto el secreto de la muerte?

—Haré lo que han hecho los hombres cuando descubrieron el secreto de la luz. Ellos, no saben donde va cuando la apagan, pero saben lo más importante: Producirla y retenerla. Se imagina usted lo que será tener en sí la virtud de reanimar a voluntad la vida hasta en la más miserable partícula de origen orgánico? Eso es lo que conseguiré cuando posea el secreto de la muerte...

En los ojos de mi accidental compañero de café, habría destellos de ópalo. En ese color trágico, parecían reflejarse las cenizas del mundo. Los párpados estaban enrojecidos casi hasta la carne viva. El frontal, exageradamente abultado hacia adelante, daba sombra a toda la cara. Los pómulos, sobresalientes, eran como dos islotes de luz. La barba se hundía en el pecho.

Después de un largo silencio, durante el cual no había cesado de mirarme, repitió:

—Eso es lo que conseguiré cuando posea el secreto de la muerte...

Y continuó clavándome la mirada. La luz de la lámpara eléctrica le daba verticalmente sobre la cabeza, aumentando la sensación de volumen de la frente. Los pómulos parecían dos ojos misteriosos, sin pupilas, pero inexorables en mirar, fría y obstinadamente.

De pronto, en una serie de movimientos rectos, miró el reloj, y volvió a clavarme los ojos. Un rato después, me decía, con voz de orden:

—¡Vamos!

Y salió atropelladamente.

Aunque yo no hubiera querido seguirlo, la forma de mandar me hubiera obligado a hacerlo. Esa palabra "Vamos", me hizo el efecto de un alambre tenso que de pronto hubiera anudado a mi voluntad, tirando de ella vigorosamente.

Una vez en la calle, me tomó del brazo apretándome con una fuerza extraña en un hombrecillo de su estatura y me dijo:

—Esta noche la encontraremos. Y mañana gobernaré la vida.

Nuestros pasos, apresurándose en las veredas, sonaban con golpes metálicos. La figura de mi acompañante parecía compuesta por rígidas y delgadas barras de metal, apenas disfrazadas bajo sus ropas. Ese hombre extraño me había sometido a su absoluta voluntad para hacerme andar por calles desconocidas, a horas de la noche en que yo debiera estar entregado al reposo.

Quise protestar para desligarme de ese forzado compromiso, pero noté con sorpresa que mi voz no articulaba nada más que una cadena de interrogantes:

—¿Eh?... ¿Eh?... ¿Eh?...

No tuve más remedio que supeditarme a la voluntad de quien me llevaba. Cuando me decidí del todo a seguirlo, esto es, cuando anulé en mí todo temor y toda rebeldía, pude recién articular una pregunta:

—¿Dónde encontraremos la Nada?

Fué como si le hubiera tocado con una punta eléctrica. Se volvió hacia mí hundiéndome su mirada. Sonreía, y sus pómulos levantaban hasta casi tapar los ojos. Con voz entre sibilante y cavernosa, me dijo:

—Sepa usted que hoy ha muerto mi esposa. Ella ha quedado conmigo en que me revelaría el secreto de su anulación. Anudé mi voluntad a la de ella y podremos comunicarnos.

Esta noche, señor, voy a conocer lo que nadie en el mundo, ha visto. Voy a tener a la Nada entre las manos y desde ese momento seré el dueño de la vida.

No habló más. Después de mucho andar, llegamos a un barrio humilde. Los primeros cantos de los gallos, zigzagueaban en el aire.

Mi compañero se detuvo.

—Aquí está, — me dijo.

Entramos. Era una casa amplia, toda a oscuras. Para recorrerla, tuvo que llevarme de la mano a través de las habitaciones.

A nuestro alrededor la sombra era tan densa que hasta parecía dificultarnos los movimientos.

Por fin, nos detuvimos. Yo estaba convertido en un pedazo más de esa máquina de acero que se me antojoba mi acompañante.

Nos detuvimos en una habitación donde se notaba un penetrante olor a flores y a formol.



POR JOSE R. LUNA



las flores se acentuaba cada v más, mezclado con ese olor pican te del formol.

A través de las sombras, y trataba de adivinar lo que esta ba ocurriendo a pocos pasos d mí. La voz del hombrecillo me h tigueaba los oídos. Era una v sin eco. Una voz de paredes aco chadas, que moría secamente, si repercusión.

—¡Vibra! Que vibre, te ord no!... Mirá que te digo aquello!, Ah!... ¿Comprendes ahora? Sí.. sí...

Todo esto era superior a m fuerzas. No era miedo lo que e perimentaba, sino un achatamien to moral, una especie de vapor zación lenta pero continua de m voluntad y de mi conocimiento.

La escena que no podía ver, m la imaginaba, con formas oscura e incoordinadas. Las palabras se cas que estaba oyendo tomaba relieve y rebotaban sobre mi ha ta hacerme un daño material.

El monólogo se hacía cada v más inteligible:

—Sí, te percibo. ¿Un silenc viscoso? Vibra!... Iré repitiend lo que digas: "Se hundieron m ojos en un silencio viscoso".. Continúa!... "El silencio e

profundo, como las aguas d mar... Vi... Haciendo un gra esfuerzo, pude atravesar con vista el aire, opaco de tan sile cioso... Y era lo que tú decías.

Vi un horizonte muerto y perc bí el espacio... Era lo que tú d cías... Los restos del espacio q se suicida arrojándose al esp cio... Desde yo misma, desde m interior inexistente ya, algo hab sin embargo que miraba. Ese a go, era mi ex-yo. La memoria q perdura a través de la anulació De pronto ví cómo el espacio abr la boca. El horizonte es la bo del espacio... Abría la boca y c menzaba a absorberse... Se iba se iba... En el fondo de ese s lencio viscoso, noté algo gris.. Era la ausencia del espacio. Era las cenizas del Cosmos... Era..

Calló un momento. El hombr cillo parecía fatigado de repet lo que alguien le dictaba como través de un teléfono fantástic Luego continuó:

—¿Qué? ¿Qué era? Vibra!.. Ah!... sí... Repito: "Era... una repercusión extraña. Era ruido que hace el tiempo cuand deglute siglos como si tragara h mo. Es un ruido que no se oye..

Y en el fondo, ví la Nada... un secreto simple... Demasiad simple... Serás el dueño de vida y de la muerte... La ten acá... Puedes recibirla? Tómala!

Un grito agudo, me electrizó l cabellos. Súbitamente me sen desligado de esa tracción violen que ejercía en mí el hombrecill

Repetí mi pregunta:

—¿Dónde encontraremos la Nada?

Y él, repitió su respuesta:

—¡Aquí esta!

—¿Quién?

—Ella...

—¿Por qué no enciende la luz?

—Usted no podría resistir. Además, la voz que escucharé es tan tenue, que la luz podría disolverla. No se mueva. Espéreme aquí. No se mueva para nada...

Y me soltó de la mano. Oí cómo daba unos cuantos pasos, que sonaron a pisar de alfombras. Luego, un murmullo fué creciendo poco a poco. Era la voz del hombrecillo. Unos ruidos breves, como de algo aguachento que se escurre, me llegaban poco a poco. Oí una exclamación y luego una serie de palabras secas e imperativas:

—¿Y? ¿Qué hay? Estoy esparando... Vibra! Vibra!... Vibra, te digo! Sí, así, sí... Un poco más. Más!... Así... Así... Ah!..

Yo no sabía qué hacer. Mi voluntad se había dormido en tal forma, que no me quedaban fuerzas ni para huir. El perfume de



ILUSTRO GUEVARA

del café. Desesperado, casi loc de terror, logré escapar, tropeza con las paredes y los mu bles de la casa hasta ganar l calle.

Al día siguiente encontraron cadáver del doctor H. apretand violentamente entre sus manos l restos del cerebro de su espos

Nadie supo el extraño suces que ocurrió esa noche...

Solamente yo...

Un relato sobrenatural. La desesperada aventura del hombre que penetró el misterio sencillo de la muerte, del hombre que estuvo a punto de ser el dueño de la vida y de la muerte, y que lo fué tal vez. Un relato que es imprudente leer de noche.

Aquelarre Abisal



POR

EMILIO CONDROYER

ILUSTRACION DE

PASCUAL GUIDA

HACIA EL PROFUNDO MISTERIO

LA ciencia pone freno a la imaginación. Durante siglos la mente del hombre dió forma y color a lo que sus ojos no veían. Con poder de Dios supo su mano trazar las grotescas figuras de las quimeras, de los animales satánicos que hendían los aires en las noches de tormenta, de los monstruos que escupía el mar después de las tempestades devoradoras. En las noches, cuando el viento torcía los troncos de los árboles, agitaba el esqueleto de los molinos, sacudía las techumbres, la imagen demoníaca surgía ante su vista. Y después venía el relato fantástico que, al rodar de boca en boca, adquiría visos de verosimilitud. Siempre, siempre que la imaginación humana buscó un ser grotesco, malo, insaciable, brutal, lo halló junto a las aguas, brotando de entre las olas enfurecidas. Y es porque nunca pudo el hombre hurgar en el fondo del mar como sondeó con su mirada en las honduras de la tierra y en el horizonte sin fin de los cielos. Y durante siglos siguió inventando quimeras, y peces fabulosos, y sirenas, y pulpos de centenares de tentáculos dispuestos a apresar hombres, aldeas, ciudades, mundos.

Pero, vino la ciencia y ¡stop!

Caballero solitario de las aguas, el buzo holló con su paso pesado, lento, paso de paquidermo, las profundidades de las aguas.

Cilindro de acero hermético, tanque científico, la escafandra llevó al hombre más abajo, más al fondo, en busca de vida, dispuesto a rasgar el misterio.

Cables terminados en garfios prensiles, canastas barreras, cucharas abismales trajeron de las profundidades sólo imaginables, animales, vida, naturaleza, que el hombre esperaba ávidamente en la superficie, a bordo de un velero oceanográfico. Y la magia surgió a la luz y con la luz murió. Porque en el fondo submarino, allá abajo, la vida tenía color, suavidad. El color se esfumaba, la suavidad se arrugaba al contacto con el oxígeno, cual si el aire hiciera envejecer y morir a los habitantes del mundo del agua profunda.

Quien ha bajado una sola vez al fondo submarino queda embrujado para siempre. Cedamos al embrujo y descendamos una vez más. Lo que nuestros ojos vieron ha sido una sinfonía de color y de belleza o un aquelarre demoníaco.

Paraíso o infierno, obra es de la naturaleza y ojos del hombre lo han hollado para contároslo.

DESDE los cuatro metros, océano abajo, se ve aún la panza de la embarcación. Semeja una enorme ballena mansa frenada en el centro de la mole de agua.

La luz, cayendo a pico en la profundidad, dibuja un paralelepípedo en derredor. El buzo maniobra, alarga un brazo, después otro. Escruta.

Un cable se desprende y cae con velocidad de rayo, describiendo un zig zag negro. En su extremo, tres garfios de acero se abren amenazadores. El hombre de la armadura se endereza, se coloca casi horizontal, y mira. Los garfios se han perdido en las honduras y pronto volverán atenaceando riquezas para la ciencia.

Y el buzo, será el primero en verlas, en palparlas en su semiambiente.

Asciende una palangana cargada de luz que se mueve, palpita, que tiene vida. Y pasa por frente al casco, iluminándolo de luz verdosa...

El triunfo de la noche

Estamos lejos del fondo continental, más allá del paisaje de rocas y relieves. El ojo del hombre trata de entrar en los fondos submarinos envueltos en el polvo impalpable que desciende de la superficie, producto de todo lo que el mar tritura, frenético, a lo largo de los siglos y de las costas.

Agua y más agua. Al Sur, al Norte, Este y Oeste.

El precipicio se hunde, suave o brutal. La pendiente se inclina para caer en los abismos donde triunfa la noche.

Kilómetros hacia abajo.

Pendientes monótonas, recubiertas de limo pegajoso, desiertas, de una soledad eterna que sólo bestias cual plantas rompen para darle paisaje.

Arcilla, limo, detritus de organismos minúsculos constituyen el pavimento.

Y allí, hasta los dos mil metros, sólo la vida animal tiene solución de continuidad.

Las plantas, ávidas de luz celeste, murieron para siempre.

Desierto y opaco está el fondo. De pronto un color y más tarde otro. El limo — veinte mil granos en un milímetro cúbico — es ahora gris, minutos después parduzco, luego verdoso y por fin rojo lacre.

El microscopio nos revela la verdad: son algas microscópicas que a la luz reflejan mil tonalidades y mil fosforescencias. Dos mil metros: reino de los peces voraces, dominio de los que se comen los unos a los otros para la subsistencia.

Cinco mil metros. Paisaje regular. Limo, barro, seres monstruosos.

Los cables siguen bajando. ¡Alto!

Una grieta monstruosa se abre sobre centenares de kilómetros. Boca monstruosa, cráter, foso cuyo fondo rara vez ha sido alcanzado por los sondeadores. Tajo en el lecho del océano. Cicatriz que se desploma ocho o diez mil metros en las honduras.

El estómago en la boca

Presión monstruosa la de las aguas a esas profundidades. Tanta, que los hombres nunca creyeron que existiera vida alguna en ese reino de la noche inexcrutable.

Pero estaban equivocados. La ciencia hurgó el fondo y sacó seres vivientes y las placas fotográficas demostraron que había luz, claridad misteriosa, en el dominio abismal.

A mil metros de presión de las aguas se eleva hasta lo espantoso: 10.850 kilogramos por decímetro cuadrado.

¿Cómo puede animal alguno resistir ese peso? La naturaleza les ha dado la solución. Se presentan saturados de agua, cual si fueran gelatinas; gases extraños rellenan los tejidos y se amontonan entre las moléculas de agua para contrarrestar la presión exterior.

La palangana saca a la superficie a estos seres; pero la diferencia de presión los ultima, los aniquila. Los tejidos se rasgan, los órganos revientan por efecto de la expansión de los gases interiores.

Y hubo un pez, de nombre raro, que fué sacado de una profundidad de 4.789 metros, donde hay una presión de más de 200 atmósferas. Este pez, al salir a la superficie, vomitó su estómago.

Ojos siniestros en el fondo del mar

Bichos de extraños ojos, grandes y saltones, merodean por el fondo. Seres de bocazas enormes, dentadas, horribles, llegaron a manos del hombre en las mallas barreras.

Y en la noche, el limo en que esos peces venían envueltos, centelleó cual si hubiera sido salpicado de fósforo. En el fondo, ese limo constituye praderas vivientes orladas de penachos color malva.

Y hay claridad allí donde nunca llega el sol. A la ausencia de luz los animales responden con modificaciones en sus órganos de visión. La oscuridad aumenta la magnitud y la sensibilidad del órgano visual. El ojo de ciertos animales abisales tiene algo de diabólico o de fantasmagórico. Le sirve para captar el más mínimo espectro del rayo solar que pueda infiltrarse hasta su mundo o para seguir la trayectoria de sus semejantes a los que la naturaleza dotó de la facultad de brillar en mil fosforescencias.

Reflejos rubí hay en los ojos que rasgan la noche luminosa del abismo.

Asamblea de bichos

¿Bloques de ópalo?

No. Son pulpos gigantescos. Miden diez y seis metros de largo.

Aquí, estrellas de mar, planas, de una transparencia difusa de esmeralda.

Allá, esponjas entretejidas, balanceándose suavemente del extremo de sus tallos translúcidos como hilos de vidrio.

Semejan redecillas de cristal.

Es un oasis de claridad en torno al cual se remonta el desierto de las tinieblas.

Miríadas de crustáceos, de calamares, de medusas, de peces de color bronceado, rompen la nube negra, oscilan, se remontan, bajan y desaparecen en el pozo luminoso de alguna bestia ávida que lanza por sus ojos y por su hocico claridades fatales para su presa.

Elegantes, florecidos, ligeros como largos tallos flotantes de muguet, marchan los sifonóforos. Los velos de sus largas cabelleras les dan la apariencia de brujas o espectros.

Peces dragones, mostrando en vez de ojos dos ventanas terroríficas, marchan errantes.

Extrañas anguilas, de una transparencia de cuarzo, miran fijo a través de un globo centelleante que tienen en el centro de su cuerpo, de ese cuerpo prolongado en forma de puerro por tentáculos fosforescentes.

Y aquí tenemos a los peces telescopio, de cuerpo sinuoso, de ojos desorbitados colocados cual señales luminosas de un navío en el borde de sus antenas.

Pasan serpientes tan chatas, que su aleta dorsal, ininterrumpida y acerada, les da la apariencia de una sierra flexible. Y la cabeza, de expresión astuta, termina en un largo pico delgado y husmeador como el de la perdiz.

Seres extraños, de apariencia salvaje, pasean resplandores de barniz sobre su vientre y sus aletas. Se dice que hay entre ellos algunos que miden hasta sesenta metros. No se sabe hasta qué punto es esto cierto.

Soledad en las aguas

Y hemos llegado hasta los siete mil metros de hondura. Más abajo los brazos mecánicos del hombre no han atrapado nada. ¿Es que no existe vida en esa profundidad? Antes de llegar a ella se ha notado que la mayor parte de las especies animales eran de talla mediana, tendiente a engrosarse a medida que se descendía. Puede muy bien ser que, a los siete mil metros, la pequeñez de las redes rastreadoras haya impedido capturar a las especies gigantes de esos fondos. Y el hecho de que no se haya capturado ningún animal no es prueba de que no existan.

A no muy gran profundidad se capturaron pulpos cuyo cuerpo tenía 17 metros de diámetro. El bicho tenía ya un aire monstruoso.

¡Qué horror nos inspirarían entonces los gigantes de más abajo, los seres de los que sólo las leyendas nos hablan!

Fuegos de artificio

Volvamos a nuestro oasis luminoso del fondo del océano. Fuegos de artificio estallan en su núcleo viviente para ir a desparramarse en la oscuridad verdosa del ambiente.

¿Cuál es el objeto de esas claridades submarinas? No son para ver, por cuanto los animales de las profundidades más se guían, se desplazan, se mueven, acuden y huyen atendiendo a las vibraciones que perciben a su alrededor que a su vista. Puede ser que el objeto de esas iluminaciones sea el de atraer a las presas. Pero la ciencia no se atreve a afirmar esto.

Y tampoco sabe la ciencia porqué la naturaleza dotó a los peces submarinos de las regiones cálidas de esos colores brillantes, de esos carmines, lapislázuli, de esos velos azulados, de esos rojo fuego que, al levantarse a una menor profundidad, se oscurecen y marchitan.

¿Cuál es el porqué de todo esto?

El mar sigue guardando celosamente el misterio.

★

Anochece. El brazo dragador surge sosteniendo la red ávidamente esperada. Arrojada, de palpitaciones. Todo ésta se recubre de luz, de vida, de aplpitaciones. Todo centellea en derredor. Ramas de políperos, estrellas de mar, granos luminosos esparcen tal cantidad de claridad en su alrededor, que hasta puede leerse un escrito.

Y esas luces se mueven, giran, se apagan, vuelven a brillar y por fin terminan por dormirse para siempre.

Veamos algunos de esos bichos luminosos.

Los hay que tienen enormes ojos fosforescentes y siete especies de diferentes órganos brillantes distribuídos en distintas partes del cuerpo.

Otros, como los gatos, tienen la propiedad de retener la más débil cantidad de luz y proyectarla como si fueran faros.

Ahí va uno que tiene en el dorso una raya de neón que titila. Pasan dos señales luminosas: la una verde claro y amarilla la otra. Están plantadas, fijas, sobre una cabeza inconcebiblemente fea.

Y cuando los animales son de mayores profundidades aún, de tres mil metros, por ejemplo, presentan órganos luminosos desparramados por todo el cuerpo.

ESPECIES DEL ABISMO

LA tabla que insertamos a continuación, elaborada por los expedicionarios que en el año 1872 investigaron los fondos abismales desde el "Challenger", da a conocer la proporción en que se encuentran las especies abismales en relación con las especies de las regiones semisuperficiales del océano.

Número de especies halladas	Profundidad en metros	o/o hallados en tróp.
4.248	0 a 162	0.6
1.887	162 a 810	2
616	810 a 1620	4
493	1.620 a 2430	7
394	2.430 a 3240	7
247	3.240 a 4050	9
153	4.050 en adelan.	9

Ferocidad

En la profundidad del mar, las aguas carecen casi por completo de movimiento. Absoluta calma reina en las cercanías del lecho de los océanos. Los alimentos no se presentan entonces solos cerca de las bocazas de los seres, los que se ven obligados a buscarse el sustento.

El ansia devoradora de los peces submarinos les impide vivir en colonias. La ley de la supervivencia les aleja los unos de los otros y es así como no vemos en las honduras, como se puede ver en los mares continentales, agrupaciones de individuos. Abundan los políperos solitarios, provistos de un largo pie móvil, mediante el cual se desplazan y con el que se fijan en el cieno. Algunos hay que tienen pedúnculos enormemente largos, que alcanzan hasta diez metros.

Todos son carnívoros. Algunos son rapaces y otros se nutren con las carroñas de animales que se hunden hasta el fondo. Algunos hay cuyo poder de atracción y deglución es verdaderamente formidable. Atraen a millaradas de pequeños seres a los que engullen. Vuelven a abrir la bocaza, emiten su fosforescencia y otros pequeños animales vienen y se hunden en la caverna luminosa. Y así durante varias horas, hasta que se sienten satisfechos y huyen entonces, apagando sus faros, en busca de un lugar quieto, inhabitado, donde digerir mansamente.

Bajo cero en el fondo

¿Hace frío o calor en el fondo? He aquí un punto que fué motivo de largas polémicas entre los investigadores. Los sondajes realizados con termómetros especiales han hecho llegar a la comprobación de que la temperatura oscila entre 7 grados sobre cero y dos grados bajo cero. Esta diferencia de temperatura, que a veces se ha notado en una misma región submarina, se debe a la influencia de las corrientes. Instintivamente, muchos seres de la superficie marina bajan en ciertas épocas a lo hondo, desafiando la enorme presión. Nunca lo hacen — los oceanógrafos lo han probado — cuando la temperatura es baja. Esto permite deducir, lógicamente, que sólo algunas especies pueden vivir en las zonas de frío intenso. También ha quedado demostrado que sólo animales de constitución inferior hallan medios de vida permanentes en estas regiones frígidas. Muchos de éstos se adaptan a la subsistencia en zonas de la más diversa presión, siempre que el grado de frío se conserve estable. Cuando la época es propicia, llegan a ascender a la superficie, para descender cuando la época cálida eleva la temperatura de las aguas.

Seres incubadores

Hemos visto cómo la lluvia de limo, producto de la erosión que efectúa el mar, cae como velo casi impalpable sobre el fondo abismal y constituye una capa semiblanda, cuya profundidad varía según los casos. Los animales sedentarios del fondo del océano tienen — ya lo hemos señalado — un largo pedúnculo mediante el cual se fijan a ese limo, enterrándolo en la capa semisedentarismo hace de esos seres verdaderas "incubadoras". No pueden abandonar al azar sus huevos o sus pequeñuelos: la capa fangosa los absorbería. Entonces, con verdadero instinto maternal, los tienen consigo hasta que puedan bastarse a sí mismos. Una especie lleva a los animalillos en unas bolsas especiales de sus espinas, otra los lleva encaramados en sus antenas.

La ciencia busca

La curiosidad del lector le llevará a querer saber cómo se llegó a averiguar, por primera vez, de que existía vida en el fondo de los océanos. Fué el sabio Milne Edwards quien echó por tierra la absurda creencia de que la vida submarina no se extendía más allá de los 450 metros de profundidad. ¿En base a qué pudo afirmar, casi rotundamente, que en el fondo de los mares palpitaba la vida? Observó simplemente el cable submarino que ponía en comunicación a Cerdeña con Argelia. Este cable había estado sumergido a una profundidad de dos mil a dos mil ochocientos metros. Y adheridos a él venían varias especies de moluscos y pólipos de una conformación especial.

Expediciones abisales

La afirmación de Edwards puso en conmoción a los hombres de ciencia y, desde 1868 en adelante, se organizaron exploraciones submarinas que pusieron ante el ojo del hombre las maravillas que ocultan las aguas en su seno profundo. En 1868 fué la del vapor "Lightning". Un año después la del "Proserpine". Cuatro años, desde 1872 al 76, el "Challenger" realizó trabajos de sondaje e investigación que sirvieron para revelar cuán múltiple y bella era la vida abisal. De 1880 al 81 trabajó el "Travailler". En 1883 una comisión de sabios fué a bordo del "Talismán". Y el Príncipe de Mónaco, uno de los hombres que con más fervor hizo estudios oceanográficos, botó el yatch "Princese Alice", con el que realizó estudios en el Mediterráneo en el año 1883.

A estas siguieron las exploraciones del "Valdivia", el "Albatros", el "Siboga" y por último, el "Antartic", en 1904. Actualmente, perfeccionados los elementos, contando con la ayuda de la alta mecánica, la electricidad y la química, las búsquedas abisales están en pleno florecimiento.

Violando los secretos de Neptuno

Pero los fondos siguen guardando sus secretos. Muchos son los misterios que encierran las aguas de soledades inviolables, sobre cuyo silencio y en cuyas sombras eternas, siglos y siglos han acumulado sus misterios.

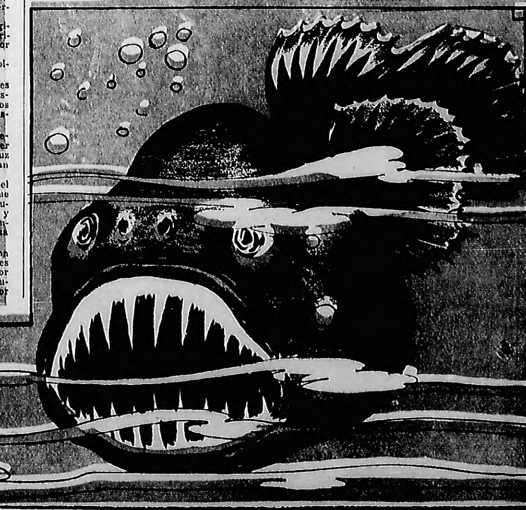
La ciencia trata de revelarlos.

La tarea no es fácil.

Y los hombres podrán, durante mucho tiempo todavía, repasar sus quimeras, sus misterios, sus demonios, mientras el viento ulula y el mar muerde la tierra con su bocaza orlada de una hilera de dientes transparentes: las olas.

★

Felices los buzos y los ahogados que, como en el pocos que descienden a espiar los misterios abismales.





Cómo el Leopardo Logró sus Manchas

(CUENTO PARA NIÑOS)

★

POR

RUDYARD KIPLING

ILUSTRACION DEL AUTOR



Este es el sabio Babuino, que es el más sabio animal de toda Sur Africa. Lo dibujé de una estatua que hice de mi propia idea, y escribí su nombre en su espalda, en su cinto y en la cosa en que se sienta, con letras que no se llaman cópticas y jeroglíficas y cuniformes y cengálicas y cirmánicas y hébricas, todo porque es ten sabio. No es bello, pero muy sabio, y yo querría pintarlo con colores de caja de pintura, pero no me permiten. La cosa paraguoide en su cabeza es su melena convencional.

ALLA por los días en que todos empezaban sus cosas en buena ley, queridísimo, el Leopardo vivía en un lugar llamado Estepa alta. Recordad que no era en Estepa baja, ni en Estepa matosa, ni en Estepa salina, pero en la exclusiva Estepa alta, desnuda, cálida, brillante, donde había arena y rocas color arena y exclusivamente yuyos flavos. La Jirafa y la Zebra y el gran Antílope y el Kudú y el Bubal vivían allí y eran de color flavo exclusivo; pero el Leopardo era de más exclusivo flavo que todos ellos, una especie de bestia gatuna gris amarillenta, que en color se acompañaba pelo a pelo a lo flavo de la Estepa. Esto resultaba pésimo para Jirafa y Zebra y los otros, pues él podía yacer al lado de una piedra o yuyo de exclusivo flavo y cuando Jirafa o Zebra o el Chivo salvaje pasaban cerca los asustaba hacia muy fuera de sus saltarinas vidas. ¡Y lo hacía, por cierto! Y, también, había un Etíope con arco y flechas (que entonces era todavía de un flavo exclusivo), que vivía en la Estepa alta con el Leopardo y los dos solían cazar juntos — el Etíope con su arco y flechas, el Leopardo exclusivamente con sus garras y dientes, — hasta que Jirafa y gran Antílope y Kudú y Zebra y todos los otros no sabían ya hacia qué lado saltar, queridísimo. ¡No sabían, por cierto!

Después de mucho tiempo — ¡se vivía tanto tiempo en aquellos días! — aprendieron cómo evitar cualquier cosa que se pareciera a un Leopardo o a un Etíope; y de uno a uno — la Jirafa empezó, pues tenía las patas más largas, — se fueron de la Estepa alta. Galopaban días y días hasta llegar a una gran selva, exclusivamente llena de árboles y maleza y de sombras de rayas, en manchas, en parches y en borrones, y allí se ocultaban; y después de otro mucho tiempo, entre quedarse mitad en luz, mitad en sombra, y las sombras resbalosas de los árboles encima, Jirafa se puso toda manchada, y Zebra toda rayada, y gran Antílope y Kudú se obscurecieron, con ondas grises en el lomo, como corteza de árbol; y así, aun cuando se podía olerlos y oírlos, rara vez se veían, y aun ésto sólo sabiendo a dónde mirar. Así hacían muy buena vida en las exclusivas manchas mochas de sombra de selva, mientras Leopardo y Etíope correteaban por la Estepa alta de exclusivo flavo, lejos, cavilando a dónde se habrían ido todos sus almuerzos y cenas y lunches. Al fin hambreaban tanto que tuvieron que comer ratas y escarabajos y conejos de roca, y entonces les vino el gran dolor de panza, a los dos juntos, y fué entonces que se encontraron con Babuino el mono ladrador, testa de perro, que es el más sabio animal de toda Sud Africa, por cierto.

Dijo Leopardo a Babuino (y era un día muy caluroso):

—¿A dónde se fué toda la caza?

Y Babuino guiñó. El sabía.

Dijo Etíope a Babuino:

—¿Puedes decirme cuál es el habitat presente de la fauna aborigen? (Esto quiere decir lo mismo, pero el Etíope siempre hablaba en difícil. Era una persona grande).

Y Babuino guiñó. El sabía. Entonces dijo Babuino:

—La caza se fué a otros lugares; y mi consejo, Leopardo, es que entres en otros círculos, en cuanto puedas.

Y Etíope dijo:

—Esto está todo muy bien, pero deseo saber hacia qué distritos emigró la fauna aborigen.

Entonces dijo Babuino:

—La fauna aborigen se reunió con la flora aborigen, pues ya era tiempo de cambiar, y mi consejo es que tú cambies también, en cuanto puedas.

Eso intrigó al Leopardo y al Etíope, pero lo mismo se pusieron en marcha buscando la flora aborigen, y más tarde, después de tantos días, vieron una gran selva, alta, elevada, gigante, llena de troncos de árboles, todos con exclusivas sombras, en manchas, borrones, punteos, salpicaduras, desgarres y hacheadas y contrahacheadas y con otras más sombras y contrasombras. (Di ésto en voz alta y rápido y verás que muy umbrosa debía de ser la selva).

—¿Y qué es ésto — dijo Leopardo, — tan exclusivamente obscuro y aun así tan lleno de trocitos de luz?

—No sé — dijo Etíope, — pero debería ser la flora aborigen. Olfateo Jirafa, oigo Jirafa, pero no veo Jirafa.

—Es curioso — dijo Leopardo, — supongo que es porque venimos del solazo. Olfateo Zebra, oigo Zebra, pero no veo Zebra.

—Espera un poco — dijo Etíope, — hace tanto tiempo que no cazamos que quizás olvidemos cómo eran.

—¡Bah! — dijo Leopardo, — los recuerdo a la perfección en la Estepa alta y en especial el caracú. Jirafa es de unos cinco metros de alta, de un exclusivo flavo dorado de pies a cabeza; y Zebra es más o menos de un metro y medio de alto, de un exclusivo flavo grisáceo de pies a cabeza.

—¡Hum! — dijo Etíope, mirando las sombras en manchas mochas de la selva flora aborigen, — entonces deberían resaltar en esta umbría como bananas maduras en cocina llena de hollín.

Pero no resaltaban. Leopardo y Etíope estuvieron de caza todo el día; y aunque podían olfatear y oír las presas, nunca las veían.

—Por favor, — dijo Leopardo a la hora del té, — esperemos hasta que sea obscuro. Esta caza a la luz del día es un perfecto escándalo.

Así que esperaron hasta la noche, y entonces Leopardo oyó bufar en la luz astral que caía en largas rayas a través del ramaje, y saltó hacia el ruido, que olía a Zebra, y se sentía como Zebra al tacto, y cuando lo derribó pataleó como Zebra, pero él no podía verla. Así es que le dijo:

—Estate quieta, oh tú persona sin forma ninguna. Me quedaré sentado en tu cabeza hasta la mañana, pues hay algo en tí que no entiendo.

Luego oyó un gruñido y un crujido y un revolcarse. Y el Etíope llamó:

—Cacé aquí algo que no puedo ver. Huele a Jirafa, y patalea como Jirafa, pero no tiene forma ninguna.

—No te descuides — dijo el Leopardo. Siéntate en su cabeza hasta la mañana, como yo. No tienen forma ninguna, ninguno de ellos.

Así es que se quedaron tenazmente sentados en eso hasta la brillante mañana y entonces Leopardo dijo:

—¿Qué tienes tú en tu lado de mesa, hermano?

Etíope se rascó la cabeza y dijo:

—Debería ser esto un exclusivo flavo dorado de pies a cabeza y debería ser Jirafa; pero está todo cubierto de borrones castaños. ¿Qué tienes tú en tu lado de mesa, hermano?

Y Leopardo se rascó la cabeza y dijo:

—Debería ser esto un exclusivo flavo grisáceo de pies a cabeza y debería ser Zebra; pero está todo cubierto de rayas negras y purpúreas. ¿Qué diablos has hecho de ti misma, Zebra? ¿No piensas que si estuvieras en la Estepa alta yo te vería a tres leguas? No tienes forma ninguna..

—Sí, — dijo Zebra. — pero no es la Estepa alta eso. ¿No te das cuenta?

—Ahora sí, — dijo Leopardo. Pero todo ayer no lo podía ver. ¿Cómo se hace eso?

—Levantémonos, — dijo Zebra y os mostraremos.

Dejaron que Zebra y Jirafa se levantaran y Zebra fué hasta unos arbustos espinosos, en donde el sol caía todo a rayas, y Jirafa fué hasta unos árboles más bien altos, donde las sombras caían en borrones.

—Ahora, observad, — dijeron Zebra y Jirafa. Así es como se hace. ¡Uno, dos, tres! ¿Y dónde está el almuerzo?

Leopardo fijó la vista y Etíope también, pero no vieron sino sombras a rayas y sombras a borrones en la selva y ni señal de Zebra y Jirafa. Se habían metido y escondido en la sombreada selva.

—¡Ji, ji! — dijo Etíope. Esta es treta que vale la pena aprender. Una lección para ti, Leopardo. Se te ve en esta umbría como barra de jabón en tacho de carbón.

—Jo, jo! — dijo Leopardo. ¿Te sorprenderá saber que se te ve en esta umbría como a sinapismo en vaca negra?

—Bueno, con insultos no se atrapa la cena, — dijo Etíope. El asunto es que no correspondemos a nuestro ambiente en el color. Seguiré el consejo de Babuino. Me dijo que yo debería cambiar; y como no tengo nada que cambiar, salvo mi piel, voy a cambiarla.

—¿Cambiarla en qué? — dijo Leopardo, excitadísimo.

—En un buen color sufrido, negruzco, parduzco, con algo de púrpura y toques de azul pizarra. Será lo mejor para esconderse en huecos y tras los árboles.

Este es el dibujo de Leopardo y Etíope, después de seguir el consejo de Babuino y que Leopardo entró en otros círculos y Etíope cambió. Etíope era en realidad un negro, así su nombre era Sambo. Leopardo fué llamado Manchas, y le quedó el nombre. Están de caza en la selva de muchas manchas mochas, y buscan a Uno-dos-tres ¿dónde-está-el almuerzo?, a quién podéis ver no lejos, comiendo hojas de un árbol. Don uno-dos-tres se siente seguro en el dibujo entre tantas sombras.

Así cambió su piel, entonces y allí, y Leopardo se excitó más que nunca: no había visto nunca que un hombre cambiara su piel.

—¿Pero y yo entonces? — dijo, cuando Etíope se hubo trabajado hasta su último meñique en su linda nueva piel negra.

—Sigue también el consejo de Babuino. Te dijo de entrar a otros círculos.

—Y lo hice así, — dijo Leopardo. Dejé los círculos que frecuentaba antes y entré en otros, tan veloz como pude. Vine contigo aquí, que es muy otro círculo y mucho bien que me hizo ya.

—¡Oh! — dijo Etíope. Babuino no quiso decir círculos sociales en Sud Africa. Quiso decir círculos en tu piel.

—¿Para qué sirve eso? — dijo Leopardo.

—Piensa en Jirafa, — dijo Etíope. O si prefieres rayas piensa en Zebra. Las manchas y las rayas les dan perfecta satisfacción.

—¡Hum! — dijo Leopardo. No querría parecerme a Zebra, al menos no siempre.

—Bueno, decídete, — dijo Etíope, — porque yo detestaría ir de caza sin ti, pero tendré que hacerlo si insistes en parecer un girasol sobre cerco alquitranado.

—No querría parecerme a Jirafa. Me decido por círculos, entonces. Pero no me los hagas demasiado grandes, vulgares.

—Te los haré con las puntas de los dedos, — dijo Etíope. Todavía me queda negro de sobra en mi piel. ¡Date vuelta!

Entonces juntó sus cinco dedos (todavía sobraba negro en su nueva piel) y los imprimió doquier sobre la piel de Leopardo y por donde tocaron los cinco dedos dejaron cinco manchitas negras en círculo. Las puedes ver en cualquier piel de Leopardo, queridísimo. A veces los dedos resbalaban y las marcas se borroneaban algo; pero si miras de cerca cualquier Leopardo ahora, verás que hay siempre cinco manchas en círculo, por cinco yemas de dedos gordos negros.

—¡Ahora eres belleza! — dijo Etíope. Puedes yacer en suelo desnudo y parecer un montón de guijas. Puedes yacer en roca pelada y parecer pudinga. Puedes yacer en rama frondosa y parecer sol a través del follaje y puedes yacer a través de una senda y no parecer nada de particular. ¡Piensa en esto y haz rrrr!

—Pero si soy todo esto — dijo Leopardo, — ¿por qué no te circulaste tú también?

—¡Oh! el negro liso es lo mejor para un negro, — dijo Etíope. Ahora vamos y veremos si nos desquitamos de don Uno, dos tres; ¿dónde está el almuerzo?

Así se fueron y vivieron felices siempre después, queridísimo. Eso es todo.

¡Oh! A veces oirás a las personas grandes decir:

—¿Puede el negro cambiar su piel o el Leopardo sus manchas?

No creo que ni las personas grandes seguirían diciendo tal tontería si el Leopardo y el Etíope no lo hubieran hecho una ¿crees? Pero no lo harán más, queridísimo. Están bien contentos como están.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*



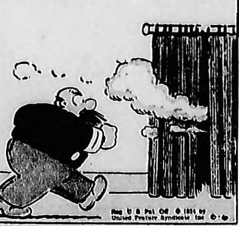
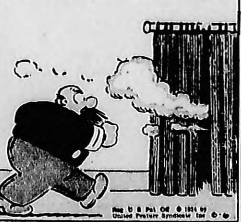
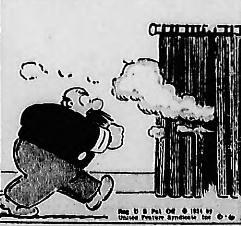



DEMOSTRACIÓN PRACTICA





LA PIPA VOLADORA


UNA CARTA MISTERIOSA












LA ENFERMEDAD DE LA SALUD

POR J. EDUARDO ROMERO

Ilustración de Sorazábal

EL día anterior en seis al de hoy, fué su 25 de mayo y el posterior en cinco al anterior en seis — murió ayer — su 9 de julio. Dos metrópolis, perdiendo su colonia: el reloj y el almanaque. Parejamente con estar averiguando el total de una suma de 85 sumandos, sintió un dolor que se lo imaginó como una hoja flexible y puuntiaguda, en trance de cribarle la espalda.

Chillaba el teléfono; llovían "pedidos"; la gente se agolpaba a la ventanilla. El gerente, despavorido, acudía al llamado del patrón; éste, furioso, no quería nada con el gerente. Lo había llamado a él — a Lázaro — y Lázaro, no le hacía caso. El teléfono el patrón, la gente, todo el mundo quería hablar con Lázaro y todos, vanamente.

—¡Dígale que lo voy a echar! — vociferó el patrón rojo de rabia...

Evadido de cuanto le solicitaba, sin importársele nada de nada, con una voluntad de multimillonario, así estaba Lázaro. Había perdido el conocimiento sobre su pupitre. Lo llevaron a su casa. Eran las 15 de un lunes. La hora, era de oficina; el día, era hábil. Pero, ya os lo dije ese fué su 25 de mayo...

No se levantó al otro día, ni al siguiente. Aunque no hacía más que dos días que estaba enfermo, vió con tranquilos ojos, todo un almácigo de frascos sobre la mesilla de luz. Bien se sabía que antes de abandonar la vida, tendría que salvar esa empalizada de vidrio, atestadora del afán médico-farmacéutico para inmortalizarlo. Encogido en la cama dióse a pensar, consumido por la fiebre. La noción de la índole de su enfermedad; la posibilidad de su cura y finalmente, la certeza de su muerte, se le organizaron por razonamiento.

★

—Hasta este momento — pensó — he sido un hombre sano. No fuí como esos otros vivos a los cuales, periódicamente los atrapa una dolencia que les obliga a guardar cama días, semanas y hasta meses enteros. Pero — ¡y qué coincidencia! — esos vivos, tienen la prerrogativa de una ausencia tal de compromisos, como yo estuve sobrecargado de ellos. Por otra parte — segunda coincidencia — esos vivos llevan una vida distinta a la mía tan acompasada y tan rutinaria. He descubierto — lo noto — dos casualidades; pero la casualidad, no puede erigirse en sistema. Veamos entonces si hallo una explicación para mi consumo aunque para ello, tenga que poner a contribución mis conocimientos de cuarto grado y mi analfabetismo científico:

—La enfermedad — sospecho — puede originarse por la intrusión en el organismo de determinados microbios. Sospecho también, que entre el futuro paciente y el microbio, futuro huésped de su organismo, debe existir una estrecha afinidad o vinculación. Ejemplo:

—¿Qué es lo que teme la mujer del pescador?

—Que al zozobrar la barca el marido se ahogue.

Y me pregunto:

—¿Se eligió éste, el microbio mortífero para su vida?

—De ninguna manera. El pescador iba mar adentro, impelido por el microbio de la necesidad.

—¿Lo mató entonces, este último, al menos indirectamente?

—Tampoco. La necesidad lo impulsó al mar para trabajar; no para morir. El trabajo, era su vida; luego la necesidad, lo hacía vivir. Y finalmente la rápida enfermedad de que murió, era razonable. No podía haber muerto de otra manera.

Dedujo Lázaro:

—Ahora sí que no creo que esos vivos en quienes antes pensé y cuyas enfermedades son tan largas, les sobrevengan, así, por casualidad. Nada tienen que hacer a cualquier parte pueden ir, sin fijarse en días, ni en horas, esos vivos llevan en sí, ya mismo, el microbio de la libertad. Esto hace — y me lo repito para no extraviarme — que pueden ir a cualquier parte. Si sobre una barca de pescador, existe el microbio del peligro, en "cualquier parte", ¿qué microbios prevalecerán? Francamente, no lo sé. Pero, al ir estos vivos a "cualquier parte" van ejercitando justamente el poderío que les confiere el microbio de la libertad. Derivo entonces, que esos vivos pignoran su salud al microbio que les es placentero, ya que no han tenido que ir "allí", necesariamente... O si esto fuera absurdo, que a su vez, los microbios, se eligen el paciente...

★

Lázaro Chupatintas dejó de pensar. A esta altura, sintió necesidad de hacer una consideración personal, en base a su estado extraordinario. Se dijo Lázaro:

—¡Qué agradable es tener tiempo para pensar en sí mismo! Confieso que nunca — hasta hoy — lo he tenido. Y además, me estoy confiriendo una importancia que nunca anteriormente me diera. Como si yo no fuera yo, sino el desconocido que transita por la vereda de en frente, tengo ganas de saludarme a mí mismo, como si recién me llegara a conocer. Esta temporada de cama, de enfermedad y de libertad, tendré que catalogarla como la más feliz y saludable de mi vida. Pero — se interrumpió — volvamos a reflexionar!

—Ahora estoy enfermo, por el abandono de mi salud. Luego, entonces antes me acompañaba. Suponiendo amistad en la compañía, puedo decir que éramos amigos y siendo así, debo, como cuando dos habiéndolo sido se distancian averiguar las causas de la ruptura. Pero... — y aquí tuvo una vacilación — es menester que piense con propiedad. Antes dije que mi Salud y yo éramos amigos. Tengo que aclarar. Confieso que yo, personalmente, hablo como testigo. Yo, soy un tercero. Un escenario por el que pasaron mi Salud y mi Razón. Hablo con exactitud, diciendo que yo soy el trayecto que recorrieron juntamente mi Salud y mi Razón; el suelo sobre el que asentaron, las dos, sus plantas. He sido y soy, lo más estable, lo más duradero. Lo "propietario". Y ellas, lo más accidental, lo más transitorio. Lo "inquilino".

Finalmente mi Salud, era un niño pedigüeño y mi Razón, un viejo avaro. Como es natural, entre dos temperamentos tan distintos, la reyerta era continua. Recuerdo ahora un accidente precioso ocurrido entre mi Salud y mi Razón, del que fuí testigo. El me enriquecerá en consecuencias. Lo delataré.

★

Mi Salud, cumplía 25 años. Mi Razón, 10. Yo, testigo, 18. Ese día en que salí con mi Salud a la calle, fué una vez célebre, en enseñanzas. Famosa, en descubrimientos. La calle con todo lo que hay en la calle — cosas, hombres, mujeres, autos, teatros, libros, casas, luz, oscuridad, multitud, soledad, etc. — fué un espectáculo para mi Salud. Cuando se hizo tarde la llevé a casa y cuando llegamos a ella los dos, noté que le brillaban los ojos.

Cenamos. Digo mal. Ibamos a cenar. Mi Salud, se opuso. No quiso comer. La cena, no era cena. Su malhumor, era evidente. Y acto continuo, empezó a aligerarse de ropas. Pantalón, saco y sombrero, no eran tales. La ropa no era ropa. Abrió la cama para acostarse, pero se alejó de ella con repulsión y con rabia, como si entre las sábanas, hubiera descubierto un monstruo hábil para infundirle temor y repugnancia, simultáneamente. A ojos vistas, su malhumor crecía. Cada vez, se alejaba más de sí. Deshizo la cama; tiró las cobijas y hasta el mismo colchón, fué a parar al suelo. Y como si el acatamiento forzoso de las prendas a los mandatos de mi Salud, lejos de aplacar sus furias, las fomentara arreció contra las últimas, íntimas y únicas que la cubrían y quedó en medio de la habitación, tiesa, desnuda y fuera de sí, convertida en su propia estatua. En la estatua de la Salud.

En un momento dado, su tamaño, se reflejó en la luna del espejo, que era a todo esto, el único espacio de superficie que había ordenado en la habitación. Y de inmediato, quiso partirla. Ya había enarbolado el brazo, para descargar el golpe, cuando, como si algún poder extraño le hubiera sorbido el vigor a sus músculos, se quedó inmóvil en esa actitud fulminante.

—¿Qué había pasado?

—La explicación es necesaria. Sin poderlo evitar, mi Salud, entre las olas embravecidas de su furor prestó oídos, a la voz de su superstición que le decía:

—No rompas el espejo. ¡Es yetta...!

A poco viéndose impotente, se puso a caminar por la pieza y de pronto, con extrañas palabras, comenzó a vituperar a las despojadas ropas:

—¿Dónde os compré, ropas que no lo sois? No os preciso, vive Dios, idos. ¡Pero no así, conservando vuestras apariencias embelequeras. Y puesto que de ninguna manera os habéis de ir, yo os haré ir, "ardidas", en "humo", por inicuas. Por infames!

El rasgueo del fósforo sobre la arenilla de la caja primero, despertó a mi Razón y luego, la llamarada de aquél, le hizo aparecer, para lo cual, abandonó el bolsillo posterior del maltrecho pantalón. (¡Ah! Hasta este momento olvidé aclarar que mi Razón, residía en mi cartera. Esta, era su cerebro...)

Con heroísmo de mártir hizo frente a la energúmena y dispuesta a todo, después de apagar el fósforo, se erigió en abogada de las prendas yacentes:

—Salud: ¿qué enfermedad os desmiente? ¿Por qué os veo desnuda a vos, y vestido al suelo?

—Véisme desnuda y os asombráis; más vuestra maravilla subirá de punto en cuanto os percatéis que siempre lo estuve por dentro y por fuera que es afirmar, apretando en compendio y hablando en claras equivalencias que hasta hoy estuve desnuda y hambrienta. Y no me achaquéis de loca. Este vestir el suelo y este desnudarse a mí misma son las muestras de mi recuperado juicio.

—Permitidme que no me calle. Ya no es menester seguir escuchándoos para juzgar de locuras cuanto habéis hecho; de locuras cuanto habéis dicho, y de loca, de rematadamente loca, a vos mismo. ¿De quiénes es, sino de locos, el encarecimiento de padecer desnudez cuando sus propias y bien habidas ropas, cubren el piso de su habitación y el de sufrir hambre, cuando sus mesas, soportan aún el íntegro peso de los manjares intactos? ¿No son éstos más que ejemplos de desnudez y de hambre axiomas de hartura y de satisfacción, en todo sentido?

—¡Loca yo! ¡Yo, loca! ¡La víctima de mi verdugo; la engañada con embelequerías, loca a la postre? ¿Todavía loca? ¿Ropas son éstas? ¿Comida es ésta? ¿Acomodadas están estas piltrafas y estos desechos con la vida que hago? ¿Este es el líquido producto de mis afiebrados trajines y de mi apresurado vivir pendiente de cada hoja del almanaque y colgado de las manecillas del reloj? Hacedme el favor de apartaros de mi camino. Así cual me véis —¡desnuda! — he de partir puertas afuera y calles abajo...

—Os aprehenderán por escandalosa, — contestó mi Razón.

—Novedad traerá mi tránsito, no lo dudo; pero en caso de que me acontezca lo previsto por vos, me bastará de pie, en el cruce de dos calles, explicarme de esta manera:

Visto por vuestros ojos como traigo de desnuda mi estatura, se os habrá ocurrido en que pueda haberme fugado de algún hospicio. Pero no. Puede, que os irrite mi desnudez y eso que no la sufrís, pues a mí me saca de quicio, porque la sufro. Cumplidos son hoy los 10 años cabales de mis continuos trabajos, soterrada en el quincuagésimo piso de una oficina. Y sin embargo, estoy desnuda y me muero de hambre.

Y componiéndose la voz, como si realmente estuviera animando el episodio, agregó:

—¡Yo no vivo. Me "viven"! Sí, esa persona, vive en mí, otra vida. Una vida activa, laboriosa, honesta, pura y sujeta por demás. Y en él, otra fastuosa, placentera, voluptuosa... Y sobre todo, libre. ¡Lo que gana en la mía, lo gasta en la suya. Y lo que dilapida en ésta, lo ahorra en aquélla. ¡Sí! En mi vida, hace el arrepentimiento de las culpas que comete en la suya personal. Y me temo —y esto es horrible — que en mi vida volará al cielo la suya, porque para eso, no represento otra cosa que la de ser la sucursal penitente de su vida pecadora...!

—¿Y quién es esa persona?

—¡Epulón y Compañía. Mis patrones!

—Cumplidos son hoy, los diez años cabales de mis trabajos, hermanos, tengo hambre; tengo sed y tengo frío. Quiero pan; quiero abrigo; quiero amar; quiero un poco de sol; quiero un poco de libertad. ¡Hermanos! ¡Somos hermanos! ¡Hermanos, dadme; hermanos, quiero...!

(E inopinadamente, mi Salud se puso a llorar a moco tendido...)

Mi Razón — como toda fuerza capitalista — se condujo con habilidad. Viendo que la anterior rebeldía de mi Salud, se derretía en lágrimas, echándose la cuenta que estaba de regreso en ella, su antigua idiosincracia pacífica, inofensiva y resignada le habló largamente.

Confieso que le hablo con voz tan apagada, que yo, testigo, no pude oír sino estas palabras sueltas:

—"Constancia. Honradez. Paciencia. Optimismo. Fe. Esperanza. Caridad. Inteligencia. Voluntad. Patriotismo. Respeto. Disciplina. Dios...

Lo cierto, es que la velada terminó arreglando mi Salud la desordenada pieza; cepillando las maltratadas ropas; haciendo la deshecha cama; comiendo, arrepentida, la antes rehusada sopa. Cuando se acostó en el lecho, la luz de la madrugada se colaba por una juntura del postigo. Al dar sobre la almohada, arrojaba sobre la cara pálida y ojerosa de mi Salud, un nimbo luminoso en el que yo — testigo — creí identificar, la aureola de beatitud que de niño, había visto, en las estampas, envolviendo la cabeza de los bienaventurados. Y hasta pensé que mi Salud era una santa, nada más que porque había vencido la Tentación.

★

Al otro día, mi Salud, trajo su señora. Después, vinieron los hijos. En lo sucesivo, ambas vivieron juntas ante mí, sin reyertas tan escandalosas; sin choques tan visibles. Pero en lo hondo, allá bien adentro, notaba siempre mi Razón, que a mi Salud le hervía un deseo. Muchos deseos. Sin embargo, su egoísmo, se había purificado. Lo que quería, lo deseaba para su mujer y para sus hijos. Y por una transformación explicable, humana, sentía en él, lo que faltaba en los suyos.

Lázaro Chupatintas volvió a moverse en la cama y continuó el hilo de sus reflexiones, exigido por la fiebre:

—He pensado, cómo fué mi Salud. Fué vigorosa, plena y entera. Su misma vitalidad, su juventud y su optimismo — vitalidad de la carne, juventud de la carne y optimismo de la carne — le hicieron desear comodidad y desahogo. Concupiscencias de su metro y sesenta y cinco centímetros de estatura. De sus cincuenta kilos de peso. De sus treinta y dos dientes. De sus treinta y cinco aspiraciones y expiraciones por minuto y de sus setenta y dos pulsaciones cada sesenta segundos. Concupiscencias de la Salud. Sobre ellas, actuó impertubable y fatal, el cilicio de mi Razón.

★

Dedujo Lázaro:

—Todo esto me hace pensar, que el estado permanente en que actuó mi organismo hasta "el día de la puntada", fué el de la enfermedad de la Salud. Mil deseos, mil apetitos insatisfechos infiltraron en mi Salud, el descontento hasta precipitar el abandono, por cansancio. Por martirio. Por eso, me abandonó mi Salud. Por eso también — diga lo que diga el médico — mi estado actual, es el de la salud de la enfermedad. Porque...

Como esto lo dijera en voz alta, el médico que se encontraba a la cabecera, no para "salvarlo" — estaba desahuciado — sino para certificar su defunción, cuya tardanza le estaba como picando en el amor propio profesional, moviendo la cabeza de hombro a hombro, musitó con un aire no exento de satisfacción científica:

—Juana! ¡Juana! ¡Quiero agua!

—Desvaría. ¡Morirá!

La mujer desconsolada se tragaba las lágrimas. Mientras tanto Lázaro continuó sus extravagantes pensamientos:

—Quise agua y la tomé. ¿Qué deseaba antes? Mil cosas. ¿Cuándo estuve mejor? ¡Ah! ¡Si yo soy feliz. Si estoy sano. No deseo nada. Nada!

Y como si el agua — esa gran medicina — lo hubiera en realidad mejorado definitivamente, recobró en parte sus fuerzas. Llamó a su esposa y la besó. Llamó a sus hijos, y los besó. Y dirigiéndose otra vez a Juana le dijo:

—¿Qué hora es? ¿En qué día estamos?

Por rara coincidencia, como dudando por primera vez de lo que se le dijera, pidió el reloj y el almanaque. Mecánicamente, se puso a jugar con ellos. Recién entonces, también, Juana, creyó en la amenaza del médico. Lázaro presentaba todos los síntomas de la muerte inminente. Hacía pocos instantes, con la mano derecha, se había puesto a acariciar la colcha. Después había encogido el pulgar sobre la palma de la mano, ocultándolo y ahora, "preguntaba la hora". ¡Moriría...!

Y no pudiendo contenerse más, rompió en sollozos. Al ver llorar a la madre, los hijos empezaron a llorar también.

Los ojos de Lázaro, lustrados por la fiebre, no podían leer la hora en el reloj, ni el día en el almanaque, que cayó sobre la colcha, inconscientemente. Quizás en un espasmo agónico hizo girar con violencia la cuerda del reloj que se rompió, por eso, o por viejos del objeto. De inmediato, las agujas emprendieron sobre el cuadrante, una carrera desenfrenada: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 1, 2, 3, 4...

Eran mil las horas transcurridas. Simultáneamente, una racha de viento, sacudió las hojas del almanaque dispersándolas hacia afuera, a través de la ventana abierta.

Lázaro, hizo un movimiento. Juana, le puso un crucifijo sobre los labios. Lázaro, sonrió levemente. Uno encima del otro. Parecían dos Cristos. Como si Cristo, hubiera tenido un hermano, que no hubiera llegado a tanto. Más humilde, pero menos santo...

Las agujas continuaban su carrera. Las hojas del almanaque, continuaban dispersándose ventana afuera, en rapidísima sucesión de días como en el antojo de recoger el mandato del reloj que tenía la cuerda rota. Y el reloj y el almanaque — dos dos — parecían empeñados en medir el infinito.

En ese infinito, se metió Lázaro. En ese infinito que fué su 9 de julio. Y por primera vez en su vida — ¿vida? — fué Señor del Tiempo.

LOS VENCEDORES MUERTOS

POR

CARMEN CONDE

ILUSTRACION DE RECHAIN

SE encontraron trabajando en la misma galería. Eran amigos desde la escuela. Al cumplir la edad del servicio militar, se separaron. Uno, Juan, fué a Melilla; otro, Pedro, fué a Larache. Y se escribieron largas cartas para entibiar el espantoso frío del abandono en que vivían todos los soldados de Africa.

Juan se colocó, al cumplir, en una mina de La Unión (sierra de Cartagena, en la moruna provincia de Murcia); Pedro se vió precisado a buscar trabajo en Mazarrón, sierra del otro extremo. Dejaron de verse, de escribirse, y pasaron cinco años. De repente, al bajar Pedro a la última galería de su mina, se encontró con el amigo.

Cuando sonó el pito para el descanso del mediodía, sentáronse juntos a comer en el ventorrillo que engordaba junto a la mina... Pedro era un mozo sombrío, moreno, con la voz cortante como un hielo. Juan era alegre, cariñoso, con suave mirada recta.

—Estoy harto de aguantar la miseria — fué lo primero que dijo Pedro, bebiendo el agua del descanso —; el oficio de minero es absurdo. He meditado, Juan, y encuentro loco el sacar los minerales para ponerlos a la disposición de los que no trabajan, de los que se benefician con nuestro sudor sin oír jamás nuestras quejas.

Juan, entre bocados, dijo tenuemente:

—Me casé, tengo un hijo... El amo de la Unión cerró sus pozos, y tuve que venir a buscar aquí el pedazo de pan que necesitamos.

—¿Cerró la mina?

—Sí; dice que perdía. La verdad es que no ganaba tanto, pero perder aun no perdía.

Pedro sonreía dolorosamente.

—Este es el truco nuevo, amigo, para dejarlo todo cuando ya se está harto. — Miró en derredor. — Oyeme: aquí, ya lo ves, ganamos catorce reales bajo pretexto de que sólo así podremos seguir trabajando. Tres veces hemos planteado la huelga para obtener mayor jornal, ¡y otras tantas nos han engañado! Pero ahora, me he encargado yo de organizar las cosas de otro modo. Me alegro de que hayas venido; así me ayudarás.

—¡Estoy desengañado, Pedro! Yo no sirvo para luchar.

—Yo te enseñaré. Hay que dar un escarmiento, si queremos que nos atiendan algún día.

Sonaba otra vez la llamada. Del sol radiante, a la sombra horadada de la tierra. Después de unas horas de bregar con las piedras, de arrancarles su quieta fragancia de siglos, volvieron a la luz los obreros. Era igual que en la mina, el mundo de aquella hora.

Juan llevó a Pedro a su casa. Le enseñó su mujer, pálida y delgada de hambre; a su hijo: un hermoso hijo, de ensueño desesperadamente sostenido, que no llevaba nada sobre sus carnes limpias y parecía vestido de estrellas.

El corazón solitario de Pedro se desgarró en ternura. ¿Por qué aquel inocente tendría que pasar sin todo el alimento que necesitaba? Y para no traicionar a su fortaleza, se despidió y fué a reunirse con los compañeros que le ayudaban a preparar la huelga.

Llamó Pedro al capataz, al empezar el trabajo de la mañana.

—Diga Vd. al amo que no saldremos de aquí mientras no se nos suba el jornal. Con catorce reales nos estamos muriendo, y de hoy no pasa que intentemos vivir!

Nada se atrevió el capataz a decir frente a los ojos resueltos



de Pedro. Subió, llamó por teléfono al amo, y éste a la Guardia Civil.

—Esperemos a que les apriete el hambre — aconsejó el teniente de las fuerzas; ellos saldrán — y se apostaron en las bocas de las minas para impedir que nadie bajara comida a los rebeldes.

Pero los mineros, ¡ay!, sabían muy bien resistir el hambre que harto conocían, y no salió ninguno en todo el día, ni durante la noche, propagando la alarma entre los hacendados, y el descontento, el ansia de atacar entre la fuerza armada que veía alterado su régimen de quietud.

Dentro de la mina en rebeldía, ni un solo hombre estaba arrepentido de su voluntario enclaustramiento.

—¿Qué más nos da, si al fin somos piedras también; si nos pasamos aquí la vida; si nosotros no sabemos nada de la luz del sol? — había dicho Pedro.

Sin embargo, en Juan, más joven que los otros, menos duro que Pedro, con un hijo lleno de alegría inocente aún (¡arriba, encima de la mina!), el corazón se le llevaba muchos impulsos de correr hacia la superficie. Es verdad que él pasaba mucha hambre también, pero era preciso alimentar a su hijo, que, mientras él no trabajara, peligraba. Sentíase incapaz de luchar, un vencido de antemano, y anhelaba con toda su sangre salir al sol y estrechar a su hijo entre sus brazos.

Una voz pidió permiso desde arriba para que bajara un parlamentario. Bajó un muchachuelo desgrañado, vendido, que en voz alta leyó los considerandos que con el fin de que los mineros depusieran su actitud violenta, les hacía el amo, el Gobernador... El jornal, por razones poderosísimas — pérdidas en el mercado, etc. — no podría subirse...

Fué rechazado el ofrecimiento de claudicación.

—Nos moriremos aquí, y ya ningún hombre de verdad querrá trabajar esta mina!

Dos, tres días. Era horrible. Los rostros, lividísimos; el ánimo, flaco. La voz, el gesto valeroso de Pedro, contenían la derrota de la carne. ¡Y arriba, paseándose, los explotadores, protegidos por la ley!; los guardias, las pobres mujeres abandonadas y quizá perseguidas! Sin embargo, la voluntad del cabecilla era de hierro, y ninguno — aunque ya en todos el dolor hizo fracasar el ansia de vencer — se atrevía a formular su necesidad de transigir.

Voces llegaban, desde las nubes, invitando a subir. ¿Y a quién se le ocurriría el endemoniado recurso de aprovechar que la mujer y el hijo de Juan se llegaran a la boca de la mina a pedir noticias del hombre? Un guardia, con voz enérgica, llamó:

—¡Juan López! ¡Aquí tienes a tu mujer y a tu hijo que te buscan!... — y asomó la cabecita de oro por el boquete negro —. Ahí abajo está tu padre, niño.

Un grito despavorido del hijo halló eco de espanto, de locura, en el padre. Los mineros se sintieron traspasados por la amargura, por el fracaso, por el hambre más innoble... y se movieron, hacia Juan, que decía llorando:

—¡Mi hijo, Pedro, mi hijo! ¡Yo me subo; yo renuncio a la huelga!

¿Renunciar? ¿Subir, ya, un vencido, para escarnio de amos y de autoridades? ¡y que detrás de éste se irían todos! Pedro, rápido, heroico, sacó su pistola y disparó sobre Juan.

—Hay que resistir, hay que vencer. ¡Es preciso! — y estaba más la tragedia en su pobre voz descompuesta, que en el disparo que derribó al claudicante.

Cientos de ojos fueron del rostro espantoso del herido, al rostro inverosímil del agresor.

—¡Hay que seguir aquí, para vencer!

Una sola voz tremenda, calofriada:

Y todos se replegaron, bajando el alma que se les quiso ir por la cobardía fugaz.

Pedro estaba junto al amigo, curándole, besándole; sin palabras, porque su dolor era una montaña.

Al quinto día, transigió el amo.

Y fueron saliendo de la mina uno tras otro; desmayándose, cayéndose, muertos ya, los vencedores.

LA PIEZA NUMERO NUEVE

POR
Víctor J. Guillot
ILUSTRACION DE
FACIO HEBECQUER

EL próximo tren pasa mañana a las 5.45, repitió el jefe de la estación, con esa tranquilidad privativa de los que dan informaciones desagradables a través de una ventanilla.

Retling lo miró, perplejo. Era ingeniero de Puentes y Caminos y traía sobre los huesos nueve horas de automóvil por carreteras casi intransitables, con una temperatura de cuarenta a la sombra y tragando tierra desde la mañana. Había sido enviado para inspeccionar y recibir un puente y ya estaba harto de Misiones en el mes de noviembre. Como la obra fué terminada a satisfacción y no hubo dificultades para su recibo, apuró las cosas, confiado en la fidelidad de un horario de ferrocarriles según el cual un tren de combinación con el vapor de la carrera pasaba por aquella estación el miércoles a las 20 y 35. Pero o el horario era atrasado o los trenes obedecían por allí a misteriosas voluntades discrecionales; el caso es que no había medio de trasladarse hasta el día siguiente, salvo que apelase al recurso heroico de continuar el viaje en el prehistórico Ford que lo venía zarandeando desde la salida del sol.

El jefe de la estación, menos impasible cuando se informó de que el pasajero era un funcionario del ministerio de O. Públicas, se permitió suavemente un consejo: "Para su opinión, lo más prudente era que el señor ingeniero se quedara la noche en la fonda del pueblo. Al otro día temprano tomaba el tren ya descansado".

—¿Qué tal la fonda? — interrogó, casi persuadido ya, Retling.

El otro se encojió de hombros, con un gesto cansino. Mala no era. Una fonda de pueblo, claro, no es como un hotel de Buenos Aires. Pero hay cosas peores en la vida.

Retling asintió. Tenía experiencia formada sobre las fondas de las estaciones; pero el cuerpo no le daba para seguir adelante en un vehículo que parecía ser el primer representante de la fauna mecánica que los importadores americanos desparramaron por la República. Despidióse del jefe con un gesto y se hizo llevar por el chauffeur a la "fementida venta", cuyo exterior corroboró sus más pesimistas sospechas. Llamábase, naturalmente, Hotel de los Pirineos, tenía una cancha de pelota anexa, y era propiedad de un matrimonio vasco, tan alto, flaco y melancólico el hombre como fantasmal de aspecto la mujer. En el despacho de bebidas y comedor, mal iluminado por una apestosa y rechinante lámpara de carburo, la llegada de Retling produjo cierta espectación entre la media docena de parroquianos sentados alrededor de las mesas. En el billar arrinconado al fondo, dos sudorosos jóvenes indígenas suspendieron su partida de carambolas para contemplar al recién llegado y escuchar el diálogo que entabló con la pareja vasca, atrincherada ésta tras del mostrador, a la vera de una estantería estigmatizada durante años por las deyecciones de millares de moscas.

—¿Pieza? Claro que había — afirmó desganadamente el huésped. En cuanto a comida, a aquellas horas... Rascándose despaciosamente la cabeza con la mano izquierda bajo la boina, el hombre consultó con los ojos a la mujer.

La expresión inexplicablemente azorada de ésta, acentuóse a la vista. Después cambió con su consorte animadas frases en vascuence.

—Si el señor se conforma con una tortilla... — propuso, por fin, el vasco, sin mayor convicción.

Fastidiado, Retling rehusó perentoriamente. No tenía mucho apetito. Lo que deseaba era una cama limpia y agua fresca para lavarse.

—Entonces, respondió el otro, visiblemente aliviado, podríamos darle.... Lo interrumpió la mujer con un tumultuoso torrente de palabras pirenaicas, subrayadas por los agitados movimientos de sus largos brazos escuálidos.

El hombre replicó a su vez. Evidentemente, no le convenía la sugestión de su consorte.

De pie en el centro del salón, con la valija en la mano, Retling esperaba impaciente, que la pareja resolviese sobre su destino. Casi estaba arrepentido de no haber seguido en el auto. ¡Qué tantas negociaciones para conseguir una pieza probablemente sucia y en donde caería como pasto de los parásitos! Además, había en los ojos de la mujer una expresión de maliciosa ansiedad, capaz de poner incómodo a cualquiera.

Por último, cesó el coloquio; no sabía porqué, Retling tuvo la impresión de que resultó triunfante la opinión de la mujer. Aparecía en su larga y huesuda cara un resplandor victorioso suficiente para tomar odio a la casa, a sus dueños, a sus adormecidos clientes y hasta al loro de la fonda, si lo hubiera habido, como ocurre siempre en esos alojamientos pueblerinos.

—Bueno, — anunció gravemente el vasco —. Le daremos al señor la pieza nueve. Venga conmigo.

Y sin más ceremonias echó hacia una puerta lateral, dejando al viajero la tarea de arrastrar su valija. Tuvo Retling la sensación de que las palabras del fondero habían provocado algún revuelo entre los silenciosos ocupantes de las mesas. Hasta creyó escuchar detrás una sofocada exclamación. Malhumorado y muy dispuesto a desahogarse con una gresca verbal, volvióse rápidamente, arrojando una agresiva mirada sobre los circunstantes. Uno tras otro, bajaron ellos la cabeza, afectando indiferencia. Solamente quedaron mirándolo, con aire de estupor, los dos jugadores de billar. Uno murmuró cierta observación al oído de su compañero, quién, con un ademán evasivo, respondió algo así como "a nosotros que nos da", volviéndose a la mesa con el taco listo para hacer su juego.

Las piezas de fonda, como las personas que se encuentran en viaje, suelen tener buena o mala expresión. Aquella era decididamente mala. Y no por el amueblado, corriente en esas habitaciones en que un armario de pinotea, un lavatorio con tabla de mármol y una o dos camas de hierro, amén del par de sillas de Viena, satisfacen todas las exigencias de la comodidad y hasta del lujo. Era espaciosa y tenía dos camas con mosquiteros de tul amarillento, enrollado en una especie de sombrillas sujetas a una pértiga; pero uno de los lechos no lo ocuparía nadie — tranquilizó el fondero ante un gesto de protesta de Retling. En pocos segundos, éste ratificó su primera impresión. Aquella pieza era sospechosa. Infundía desconfianza, inmotivadamente, tal vez, como algunas personas despiertan súbita antipatía. De buena gana, hubiera pedido otra; mas la exigencia habría resultado pueril; además, acaso el cambio le resultara peor.

El vasco salió y volvió de inmediato con una jarra llena de agua que depositó sobre el lavabo. Como la atmósfera era sofocante, explicó que la ventana no podía abrirse por causas que se aclararon bien; aunque — añadió a título de consuelo — permaneciendo cerrada conservaba mejor la frescura.

Se retiró, después de un parco y nada solícito "Buenas noches"

Al quedarse solo, intensificóse en Retling el desasosiego que lo asaltó cuando entrara en la habitación. No era miedo sino una ambigua sensación de malestar que lo hacía mirar recelosamente alrededor como si atisbase algo que se esfumara en los ángulos penumbrosos de la pieza. Allí no había lámpara y el alumbrado consistía en la media vela de estearina fijada en una palmatoria, sobre la mesa de luz. La pieza debió haber estado cerrada durante mucho tiempo porque se respiraba en ella ese ambiente hecho de polvo y humedad característico de los recintos clausurados. Además, había otra cosa; otra cosa que al principio no pudo precisar y que al fin identificó con la capitosidad repugnante y malsana de las flores envejecidas en el agua corrompida de un florero.

La verdad — pensó Retling — una noche encerrado allí no brindaba muy seductores incentivos. Felizmente, unas cuantas horas pasan pronto, y con aquel cansancio que lo abrumaba no habría sugestión misteriosa que le impidiese dormir como una piedra.

Ya desvestido y tirado en la cama, intentó repasar algunos apuntes tomados para su informe; pero el sueño se asentaba sobre su cabeza pesadamente. Apagó la luz, con los ojos cerrados ya. Sobre el velador, al lado de la palmatoria, dejó el revólver y el reloj. Ahora sentía no haber aceptado la tortilla de la vasca. Porque una tortilla, después de todo... una tortilla... Quedó dormido.

Habrían corrido algunas horas cuando Retling se incorporó, despertado súbitamente por algo que sólo alcanzó confusamente en el primer instante. Luchando con el embotamiento mental, trató de pensar, inquieto. Sí había sido un gemido. Un gemido. O más bien, un suspiro, un largo y quejumbroso suspiro, allí mismo, en la cama próxima. ¿En la otra cama? Cuando él se acostó estaba desocupada. A menos que alguien hubiese entrado durante su sueño... Buscó a tientas los fósforos y raspó uno; el último que le quedaba en la caja; encendió la vela y miró a su claridad vacilante. En el rincón distinguió la cama vacía, cuidadosamente estirada la colcha de algodón blanco.

Habría soñado. Intentó reirse, aun cuando estaba fastidiado en el fondo; seguro que trasladó a la vigilia las fantasías enfermizas de una pesadilla. Se sofocaba; ahora sí que se dejaba sentir hasta la náusea aquella emanación capitosa de flores corrompidas. Si pudiera abrir la ventana...

A punto estuvo de bajar de la cama para intentarlo; pero lo dominó la poltronería del sueño que retornaba. ¡Al diablo el mal olor! No se iba a morir por esa. Ibalo invadiendo el sopor como una obscura nube; pero algo vibraba alerta en sus nervios. Con todo, la resistencia no sería larga — pensó —. Era como si un impalpable beleño fuese anestesiando insidiosamente sus sentidos... Se incorporó otra vez de un salto, despabilado de golpe. Ahora, sí, había oído bien. Un violento hipo que terminó en trágica boqueada. Allí cerca, en la densa obscuridad que despuntaba sus miradas. Retling no era cobarde; pero aquello...

Tensos los nervios, desorbitados los ojos, esperó. Y nuevamente dejóse oír el silencioso, el lúgubre singulto. Empezó como un tenue suspiro, un desolado suspiro por donde se evadiera una dramática congoja; interrumpióse de golpe, como si una mano invisible sellara brutalmente una invisible boca. Y en seguida aquel horrendo hipo, que finalizó en una boqueada agónica, con el seco chocar de los dientes.

Sobrecogido hasta el pavor, Retling casi se arrojó de la cama; pero bajarse así, en aquellas tinieblas mucilaginosas de tan espesas para encontrarse con quién sabe qué espamtables cosas... Su mano temblorosa buscó la caja de fósforos, sacudiéndola con vaga esperanza; ni uno solo. Y entre tanto, allí al lado, aquello podía repetirse de un segundo a otro.

De súbito, lo asaltó un pensamiento. A lo mejor tratábase de una broma, una de esas estúpidas bromas de pueblo contra el forastero. Eso debía ser. Recordaba ahora la disputa entre los vascos, la curiosidad de los parroquianos, íntimos de la casa, sin duda; y hasta aquellas exclamaciones ahogadas que alguien dejó escapar a sus espaldas cuando el fondero le destinó habitación. Claro, para aquellos animales sería más tarde una veta de inagotable chacota la historia de que le habían metido un julepe al ingeniero del ministerio. ¿Sí? Lo que era él, Retling, no les iba a dar con el gusto a los guasos que le habían preparado la farsa. Lástima no poder devolverles la gracia con el contenido del revólver... Para notificarlos, por si andan cerca, lanzó en la obscuridad una nutrida andanada de palabrotas, híspidas de jotas y de ajos. ¡Hipo de tal...!

Ya desahogado, tendióse de nuevo en la cama, apartando de una manotada el sucio mosquitero que le arrebataba el aire. No se movería aunque derribaran el techo de la casa.

Pero se movió. Una hora más tarde; dos quizás. Su sueño no debió ser muy profundo porque lo arrancó de él un atenuado arrullo de palomas. Anhelante e incrédulo, sentóse en la cama y escuchó. No había duda; eran palomas; el arrullo quedo y confidencial, parecía surgir simultáneamente de los cuatro ángulos superiores del cuarto. Otra invención de los imbéciles bromistas... Se lo repitió mentalmente con insistencia; pero sabía bien, en lo íntimo de su conciencia, que no era cierto, que no podía serlo. En aquel recoleto arrullo, dulce y persistente en la noche, había algo de sobrenatural que le erizaba la piel en el repelo del terror. Oprimidas las manos contra el pecho, sentía los latidos del corazón precipitarse como un desordenado galopar. Hizo un esfuerzo para dominar el miedo que lo invadía. ¡No faltaba más que todo un ingeniero civil diera en amedrentarse con alucinaciones nocturnas! Decrecía suavemente el arrullo de las palomas hasta extinguirse, abriendo en las tinieblas una cesura más pavorosa que el mismo murmullo precedente. Crujió la ventana vecina y alguien avanzó con paso pesado y vacilante en la habitación. Retling sentía aproximarse una enigmática presencia en aquella maldita obscuridad que lo embozaba. No pudo contenerse más y gritó, tratando de dar firmeza a su acento: "¿Quién anda ahí? ¡Si no contestan, hago fuego!"

Agarró el revólver y estuvo a punto de dispararlo al azar; un resto de buen sentido lo detuvo. sombras...¡

¡La jarana que se armaría cuando acudiera gente y se enterasen de que había tirado contra las sombras...!

Había cesado los pasos; el silencio cargado de terroríficas sugestiones parecía fluir malignamente en torno de Retling. Tenía la impresión de que alguien — o algo — asechaba, mudo y vigilante, a los pies de la cama. Con el revólver empuñado, esperaba, tan enervado que hubiera bastado el más leve rozamiento para hacerlo saltar.

★

A la distancia, en alguna chacra lejana, cantó largamente un gallo. Después oyóse el pertinaz ladrido de un perro insomne. Un carro arrastróse pesadamente por una calle inmediata.

Tranquilizábase Retling gradualmente; hasta llegó a dudar de que realmente hubiese percibido aquellas cosas que lo mantenían desvelado. Evidentemente su estado nervioso no era bueno y de ahí aquella propensión a las alucinaciones. Recordó pasadas lecturas sobre fenómenos de neurastenia y prometióse someterse a un severo tratamiento apenas regresase a Buenos Aires. Menos copetines, menos tabaco y menos... lo otro. Eso era lo que convenía. Y ahora, trataría de dormir de nuevo. No pasaría dos horas sin que el chauffeur viniera a despertarlo para conducirlo a la estación. Estiróse blandamente en la cama, boca arriba, peinándose con los dedos el cabello húmedo de sudor. Al fin dormiría.

Sútilmente, como una cautelosa reptación, algo se deslizaba sobre las ropas de la cama, cerca del respaldar. Parecía que sus manos furtivas palpasen ligeramente, buscando quién sabe qué contactos. Retling permaneció inmóvil para cerciorarse; sólo un instante, porque se levantó de nuevo con atroz sobresalto. ¿Qué sería aquello que andaba allí, extendiendo de las tinieblas sus ominosos tentáculos? Intentó otra vez una interpelación y la voz le brotó quebrada y opaca de la boca. Lentamente, como si se retirase atisbando, disminuyó hasta extinguirse la siniestra reptación. ¿Y si fuesen ratas? — reflexionó ahora Retling —. Naturalmente; qué otra cosa podía ser sino ratas en aquella sucia y descuidada habitación? Sólo estando loco pudo creer...

Crujió en ese instante la cama vecina, como si un cuerpo pesado se revolviese en ella. Estirado el cuello, sintiendo que se le helaba la sangre en las arterias, Retling volvió la cabeza hacia ese lado, esforzándose vanamente por ver. Otra vez se escuchó el crujido y después pobló el vacío el horrendo jadear de una agonía. Un lúgubre ulutado fué exhalado por una estrangulada garganta. Era como si en aquellas tinieblas se librase una siniestra lucha homicida. alguien se puso de pie y avanzó unos pasos, tropezando, en dirección a la puerta. Después cruzó el silencio un desesperado clamor y algo, un cuerpo, rodó por tierra, hipando trágicamente.

Fuera de sí, Retling arrojóse de la cama, precipitándose a tientas, con los brazos extendidos, deseando y temiendo encontrar algo que disipara con su realidad, fuese lo que fuera, aquella enloquecedora fantasmagoría de pesadilla. Se adelantó hasta dar con las manos en la frialdad de la pared frontera; torció entonces hacia el lecho vecino y sus manos, trémulas y húmedas, tanteando las aliñadas ropas tendidas con meticuloso cuidado. Nada ¡Nada! Y sin embargo, allí, en torno suyo, continuaba jadeando una horrenda agonía.

Debió lanzar un grito tragado por el silencio. Enloquecido, escapados los nervios a todo control, huyó en dirección al sitio donde debía encontrarse la puerta. Al correr tropezó con la cama y cayó sobre ella, envolviéndose en sus ropas como un niño aterrorizado. Se desmayó o se durmió; primeramente lo uno y después lo otro, probablemente.

Rudos y repetidos golpes en las maderas de la ventana le hicieron recobrar la conciencia de sí mismo. Apuntaba ya el día, porque la claridad matinal, fina y luciente, penetraba en luminosas láminas por las rendijas.

Dió una voz al chauffeur, quien reiteraba sus llamados desde la calle y se vistió apresuradamente. En las cosas de la noche no quería ni pensar. Torpe broma, alucinación enfermiza o aterradora realidad, no le interesaba en el momento. Lo reflexionaría más tarde, en otro lugar, libre de las sugestiones de aquel ambiente infernal. Ahora sólo urgíale abandonar la habitación, la casa y hasta el pueblo.

Salió con la valija en la mano, encontrándose en el patio con la mujer del fondero, más escuálida, más cadavérica todavía que la víspera. La vasca le asestó una escrutadora mirada ansiosa, a tiempo que recibía el pago del hospedaje. ¿Sabía? ¿Querría preguntarle algo? ¿Qué le importaba, después de todo? Despidióse vagamente con un gruñido y flanqueó la puerta de calle, llenándose los pulmones con el aire fresco de la mañana aspirando con deleitosa eutrapelia. No debía lucir muy buena cara porque el conductor lo miró con expresión de sorpresa mientras le recibía la valija para cargarla en el coche.

En dos minutos estuvieron en la estación. Era temprano; el tren no había llegado todavía. Cansado y lánguido. Retling decidió esperar en el mismo vehículo.

Observábalo el chauffeur a soslayo; adivinábase que el hombre tenía ganas de decir algo. Al fin, después de bajar la maleta y depositarla en la vereda parado junto al coche, tuvo oportunidad de hacerse el gusto.

—¿Pasó bien la noche? ¡Qué ocurrencia de la gente aquella darle el cuarto "asombrado" no!

"¿Asombrado? Y Retling le lanzó, receloso, una oblicua mirada.

—Sí, pues, respondió el otro ya encaminado por donde quería. Todo el pueblo y hasta los viajantes de las casas de Buenos Aires, sabían que en la pieza número nueve de la fonda pasaban cosas extrañas. Desde que en ella se mató, o fué asesinado, nunca se aclaró bien el hecho, el hermano del vasco, el primitivo dueño de la fonda, que éste había ocupado cerca de un año atrás. En la misma pieza fué velado el cadáver; y desde entonces no la había ocupado nadie, porque el primero que estuvo en ella salió a la madrugada medio enloquecido, contando una punta de novedades. Seguramente al señor le dieron el cuarto para probar si él, un forastero, ignorante de todo lo ocurrido, sentía las mismas cosas que los demás creían sentir.

—Eso debió ser nomás — reflexionó el hombre en voz alta. Y sin poder moderar su deseo de saber, inquirió, brillándole los ojos, con zafia indiscreción:

—¿Y usted sintió algo, señor?

Retling lo miró fijamente un segundo, con desconfianza y rabia: — A lo mejor este también...

Resoplando ruidosamente, el convoy entraba por agujas. Retling se tiró del coche, empuñó la valija y puso unos pesos en la mano del hombre, dejándolo plantado con sus historias.

ARTURO CAPDEVILA

Tierra Mía



ANTES de acometer el elogio de este excelente libro, conviene dirimir una confusión. Se trata de un reproche turbio, inarticulado, fundamental, que los más jóvenes le hacen a Capdevila. Un reproche de muy ardua refutación, porque no está en palabras, sino en desganos. Más de treinta volúmenes tiene publicados ya Capdevila, y no hay semestre que no aporte sus novedades. Nadie coteja las páginas antiguas con las modernas: todos prefieren resolver que las de ahora (por ser muchas) son malas, y que D. Arturo es un escritor que se ha "standardizado" —como si la palabra standard fuera un oprobio, en vez de una medida de perfección. (Lo delicioso es que los enemigos acérrimos de todo criterio cuantitativo recurren siempre a él, al ponderar con toda grosería la brevedad material de tal o cual obra). Olvidan que la facilidad no es obligatoriamente culpable, olvidan que hay un momento en que la expresión deja de constituir un problema. El escritor, llegado ese momento, se sabe vinculado a determinado vocabulario, a determinada voz, a determinadas formas sintácticas, y en ellos vierte lo que quiere decir...

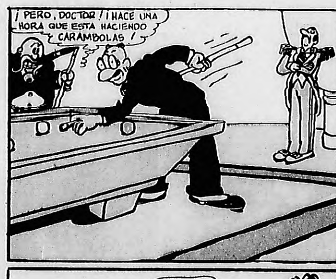
Hay otra acusación, mejor dicho, hay otra manera de la acusación anterior. Deliberadamente o no, el escritor de fama es asimilado al "orden de cosas", al siempre deplorable "orden de cosas" que es urgente abolir. La opinión lo hace solidario de la fealdad de los edificios públicos, de la tristeza de los domingos y de las estatuas, del tedio de los días. De esa brutal asimilación no se salvan ni los más disconformes, ya que su rebelión es considerada como parte de ese "orden". Digamos toda la verdad: el hijo no se quiere reconocer en el padre, el hijo no tolera que su padre tenga razón.

Denunciadas ya esas dificultades, paso al libro de Capdevila. Es de gratísima lectura. El numeroso estilo del autor —consanguíneo, a veces, del manejado por D. Alfonso Reyes— se va adecuando de manera admirable a las delicadezas del tema, que es la fina y ardiente descripción de nuestras catorce provincias.

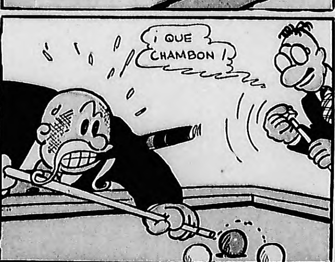
De esa clara geografía sentimental yo sé que hay páginas que no olvidaré: la primer mañana del muchacho cordobés en Buenos Aires, la casi amistosa evocación de Juan Crisóstomo Lafinur, las plazas de Córdoba, el indio aquel de una mañana en Jujuy que no se sabe "si es un hombre o un vaso de dulzura".

I. L. B.

El Nuevo Rico ★ por Héctor Rodríguez















SACRIFICIO

POR

BRUNO GOMEZ

Ilustración de Sorazábal

■

¿DE ande vengo? ¿Ande voy? Vayan sabiendo esto: Vivían mis tatas en un ranchito, cuasi una tapera en medio e la soledá de los campos. Ayí habia yo nacío y criao. Vivíamos felices. Una mañana, mi tata ensilló el malacara y salió p'al poblao. Después de varios días apareció el malacara sin jinete en la puerta del rancho. Averiguando, supe que lo habia matao cobardemente un tal Martín, pulpero. Pensé en la venganza; luego, en mi mama. Me quedé al lao d'ella y nunca le dije la verdá.

Pa sacarla e los malos pensamientos, de vez en cuando la engañaba con mentiras de unos arreos de hacienda. Poco tiempo dispués enfermó y murió. Quedé solo en aquellos campos. El único que me acompañaba era mi pobre bayo, pues los demás animalitos hubo que venderlos. Un día resolví dirme pa otros pagos. Antes de partir, miré por ultima vez al viejo rancho, castigao por tantos pamperos y tan lleno de ricuerdos, pero ¡jué pucha!, antes qu'el dolor me venciera, enderecé mi bayo p'al camino real, y me perdí a lo lejos sin darme güelta p'atrás.

★

La mañanita era un primor. Daba gusto ver los campos tuitos llenos de flores. Al pasar cerca de un monte, hasta los pájaros parecían darme los güenos días. Más adelante, pastaba l'hacienda tranquilamente, pero al tacatá, tacatá que los basos de mi bayo repiqueteaban en la tierra dura de la güeya, una lechuza qu'estaba en una lomita, levantó el vuelo sobre mi cabeza y me chistó su mal agüero. ¡Pa tu agüela!, le retruqué. Varios novillos levantaron la cabeza y se quedaron mirando fijo. Los terneros se asustaron y empezaron a dar saltos. Otros estaban tirados a pata suelta. Y hast'a mí! ¡qué canejo!, me daban ganas de apiarme y tirarme panza'rriba sobre mi poncho. Pero como no era cosa de andar perdiendo tiempo, seguí camino adelante.

Haría media hora de galope corto, cuando divisé un bulto, allá, a lo lejos, que al prencipio no supe si era tropilla, pero encuantito juí avanzando, me di cuenta qu'era una carreta con dos yuntas e bueyes. Me acerqué y vide que dentro había varios paisanos que acompañaban con las guitarras a otro que cantaba un estilo e mi flor. Entr'ellos diban algunas chinas lindasas.

Enfrentando al carretero, que llevaba la picana en la mano, le dije: — ¡Güenos días, aparcero! ¿P'ande queda el camino del poblao?

El paisano, achinao y picao e viruela, me contestó:

—Agarr'el camino e la derecha, que sigue por frente e la tranquera e la estancia de los Miranda. Habrá un par de legüitas.

—Muchas gracias, aparcero, y que se divierta la gente —dije— saludando con el rebenque a la paisanada. Le pegué un chirlo al bayo y me largué a galope tendido.

Un rato hacía que había pasao por la estancia que supuse sería la mentada por el carretero, cuando me'ncontré un arroyo, del cual salieron despavoridas varias bicasinas y algunos patos silvestres, que chapotearon en el agua al levantar el güelo.

Deseando acampai un rato y darle agua'mi bayo, desensillé y me dirigí a un ombú qu'estaba en una loma.

Me acosté en mi recao como pa sestear un rato, dejando pastar mi caballo, que bien se lo merecía.

★

Debía haber pasao güen rato que yo dormía. Los chuzasos d'el sol que se metían entr'el ramaje del ombú, me daban en la cara, haciéndome dispertar. En un santiamén golví a ensillar el bayo y monté. Crucé el arroyo y seguí el camino, hasta que encontre una estancia, donde, al parecer, la gent'estaba de asao y fiesta, ¡vaya a saber con qué motivo!

Diba a pasar de largo, pero vide qu'estaban de doma y me paré pa curiosiar. La paisanada se había amontonao en derredor d'el corral. Unos gritaban y tiraban los sombreros por el aire; otros seguían con gran atención los corcobos d'el potro. En una de'sas, el jinete que domaba se vió sentao en el suelo. Cuando el potro se quedó libre, enderezó pa la tranquera, y salió dando brincos p'al lao que yo estaba. Me puse con mi bayo a poca distancia, y cuando quiso agarrar campo ajuera, lo apialé y luego me lo llevé mansito hacia donde'staban tuitos. Al llegar, me recibió un paisano de edá, que supuse sería el dueño e la casa. Tendría unos 65 años, al parecer, pero juerte entuavía. Se acercó y me dijo:

—¡Bienvenido se'aparcero! Bájese y haga cuenta qu'esta es su casa.

Agradecí y me bajé. Al ratito, estaba mateando con don Lisandro —que ansina se llamaba el hombre que me recibió— cuando se oyeron unas risotadas. Miramos y vimos al paisano que había sido arrojado por el potro, que caminaba como patizambo y se palpaba las asentaderas. Era uno que había pedido un barato, asegún me dijo el patrón. Luego que churrasqueamos, el dueño, a quien ya lo había enterao de mis habilidades, me invitó a domar un potro de su preferencia. Acepté y me trujieron un tubiano, que, al verlo, no más, me dí cuenta qu'era carta brava. Puse tuita mi esperencia. Y entr'el entusiasmo de los paisanos y l'angustia de las chinas, cada vez que'el bagual se hacia como arco e indio, me lucí y dejé al animal mansito. Dispués de las felicitaciones, hasta los paisanos parecía que me apreciaban más, y las chinas me miraban más risueñas.

Más tardecito se me acercó una linda china, pidiéndome que cantar'algo. No pude negarme, y canté unos tristes que al parecer gustaron a tuitos. Dispués me puse a conversar largo y tendido con la moza. M'enteró que se llamaba Florinda y que era hija de don Martín el pulpero, quien hacía dos años había muerto a consecuencia de una rodada. Luego su mama se casó con don Lisandro. ¡Imagínense ustedes, semejante revelación! La moza aquella era nada menos que la'hija del asesino e mi tata, de quien yo quería vengarme un día.

Yo debía estar algo emocionado, porque la moza me preguntó varias veces qué me pasaba, pero yo disimulaba en lo que podía. También se interesaba en saber si yo me quedaría en la estancia, en caso que don Lisandro me ofreciera trabajo. Barrunto por tuitas estas cosas que la moza me estimaba, y que yo ¡qué canejo!, también me inclinaba pa el lao d'ella.

Pero aunque los hijos no tienen que pagar la culpa e los tatas, este caso había que pensarlo tranquilamente porque ¡diantre!, era cuestión de concencia también.

★

Como don Lisandro me ofreció su casa pa trabajar, y yo le contesté que lo pensaría porque tenía que dir primero al poblao en busca de un pariente, me pasé tuita la noche en vela, con una majada de ideas en la cabeza, sin saber si rumbiar p'al querer o pa lo desconocido. Si le aflojaba la rienda al corazón, se m'empacaba la concencia, como si mis tatas me ricreminaran. Y ansí, pensando y pensando, me sorprendió el amanecer.

Cuando don Lisandro salió al patio, m'encontró ensillando mi viejo bayo. Somprendido, me dijo:

—¡Cómo! ¿Se va?

Le dije que sí. Sería pa'otra güelta. Agradecí tuitas las atenciones que me dispensó. Me ofreció su casa pa cuando guste y me dió un apretón de manos, dispués de haber tomao un par de amargos que me sirvió un peoncito.

Salté a mi bayo y me despedí, no sin antes echar un vistazo pal lao e la pieza e la moza que había hecho dar los primeros corcobos a mi corazón.

Galopando, galopando, y acordándome de unos versos que sentí a un payador, le dije como un desahogo, a mi viejo bayo:

"Hasta la cruz que levanta
[el pobre
Es la primera que derriba el
[viento".





Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim















































